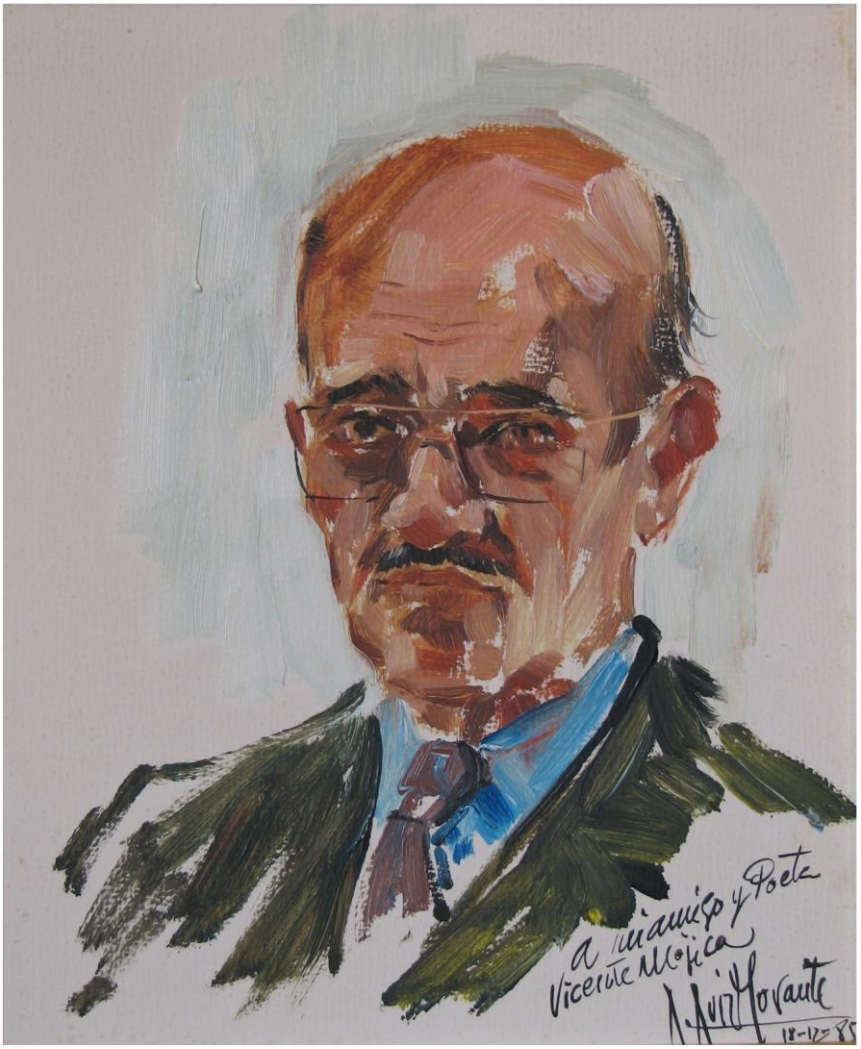
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€

Nº 14 noviembre 2008

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques Cano
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques Cano, Francisco Javier Fernández, María Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo, Mercedes Rodríguez García-Olías.
Consejo asesor : Mati Bautista, María Amparo Benito Díez, Lucía Espín, Sergio Gadea, Luis S. Taza Hernández, Julia Díaz, Trinitario Rodríguez, Dorrit Ziehl, María Isabel Pintos.
Maquetación : Francisco Javier Fernández
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada: *Retrato de Vicente Mojica,* de Ruiz Morante

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/ Padre Mariana, 15 – bajo. 03004 Alicante.

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil:679248312
aucadelasletras@hotmail.com

En relación con posibles colaboraciones, aquellas personas interesadas en realizarlas deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	Manuel Parra Pozuelo	4
Espejo de una amistad	José Luis V. Ferris	6
Vicente Mojica	Maria Rosario Mohinelo	10
Versifico con tu reflejo	Mª Amparo Benito Díez	12
Vicente Mojica, en el recuerdo	Pascual Ruiz Galiano	13
Vice Moji Ben	Remigio Soler	17
Palimpsesto para Vicente Mojica	Joaquín Juan Penalva	18
El naúfrago y los girasoles	Luis S. Taza Hernández	19
Un soneto de Vicente Mojica	Manuel Parra Pozuelo	21
Soneto al Santuario de Santa María Magdalena	María José Arques Cano	23
Desde la tierra al cielo	Lucía Espín	25
Nada se pierde, Señor	Fco. Javier Fernández	25
Vicente Mojica Benito. Verano del 60. Algunos recuerdos sobre mi padre	Vicente Mojica Marhuenda	26
Orito, un lugar entrañable	Mª Amparo Benito Díez	28
Vicente Mojica (recreación)	Vicente Ramos	32
Con las “Palabras de tu amor y tu destino”	Mª Amparo Benito Díez	33
Mojica, desde la tierra a Dios	María José Arques Cano	35
Verás Vicente (Carta a un poeta que está en el cielo)	Mercedes Rodríguez García-Olías	38
Homenaje a Vicente Mojica	Miguel Valor Peidró	42
Cinco poemas de Vicente Mojica	Vicente Mojica	43
Así habló Vicente Mojica de sí mismo y de su poesía	Manuel Parra Pozuelo	53
Opiniones e interpretaciones sobre la personalidad y la poesía de Vicente Mojica	Manuel Parra Pozuelo	54
Poemas para un amigo	Francisco Alonso Ruiz	56
El enfermero	Airam Lebasi	63
A Vicente Mojica, a Manuel Molina y a Rafael Azuar	Mati Bautista	64
El auto sacramental en Vicente Mojica	Fco. Javier Fernández	65
Mi amistad con Vicente Mojica	Francisco Alonso Ruiz	67
El enfermero poeta	Airam Lebasi	68
El primer poema de Vicente Mojica y otras apariciones en su obra del tema de la ciudad bombardeada	Manuel Parra Pozuelo	70
Una tarde con Josefina Marhuenda	María Rosario Mohinelo	73
Y dime, Vicente	Julia Díaz Climent	76
Manos de poeta	Mercedes Rodríguez García-Olías	77
Gracias a Vicente Mojica	Fina Pastor	79
El barrio de los poetas	Mati Bautista	80
El alma del poeta	María José Arques Cano	81
Acróstico	Lucía Espín	81
Una carta para ti, Vicente Mojica	Francisco Coloma Carbonell	82
Bibliografía de Vicente Mojica		83

EDITORIAL

Tal como anunciábamos en el último número de nuestra revista, el actual es un homenaje al eximio poeta alicantino que fue Vicente Mojica y en sus páginas se incluyen textos en prosa y poemas que, en el caso de los realizados por los integrantes de la Asociación Auca de las Letras, han sido elaborados o sugeridos por el seminario que nuestra asociación dedicó al poeta y que tuve el honor de coordinar.

Tal como sucede en la totalidad de los números de Auca, también en este, se incluyen trabajos de autores colaboradores no asociados, además figuran textos de prestigiosos escritores, de ilustres personalidades y de amigos y familiares de Vicente Mojica.

En este orden de cosas, incluimos unas palabras de Don Miguel Valor, Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Alicante, que justifican y avalan lo acertado de nuestro homenaje.

Otro trabajo del conocido poeta y prestigioso escritor José Luis Ferris evoca sus relaciones con el poeta y reproduce el prólogo que dedicó a su libro *Poemas de la consumación.*

Por su parte, Fina Pastor, con sentidas palabras, describe la emoción que la embargó tras la lectura de *Geografía del llanto*, el segundo libro de Vicente Mojica, que fue finalista del premio de Poesía Valenciana en el año 1963.

Joaquín Juan Penalva, utilizando los títulos de los libros del poeta, elabora un bello e ingenioso poema.

Pascual Ruiz Galiano, en un extenso y documentado texto, describe y valora las actitudes profesionales y literarias de Vicente Mojica, destacando su entrega sin límites y la obtención de galardones y premios en ambos aspectos de su vida. Llegando a afirmar que la clave de su personalidad la constituyó el ensamblado de estos dos componentes vocacionales. En cuanto a su poesía, afirma que brota con natural fluidez del amor, de la tolerancia, la ternura y la justicia, y, a veces, del dolor y la tristeza, consiguiendo que cada uno de sus poemas sea un trozo palpitante de vida.

Verano del 60, algunos recuerdos sobre mi padre es una entrañable evocación del hijo del poeta, Vicente Mojica Marhuenda, de sus recuerdos infantiles, en ellos aparece su progenitor como un padre entrañable, entregado a su familia a la que dedicó lo mejor de si mismo.

El texto de Don Vicente Ramos, que fuera admirador y amigo del poeta, se titula *Vicente Mojica. Recreación*, describe, desde su sabia perspectiva, las líneas básicas de su vida y su escritura, fundamentándolas en el amor y la ternura, como esencia y sentido de la Humanidad. Amor que se concreta en la esposa, la madre y los hijos, y, sobre todo, en Dios, según el crítico, alfa y omega de su poesía.

En la carta que Paco Coloma dirige a Vicente Mojica se afirma que la humildad brota a raudales de su pecho y que la sencillez desborda su persona, trasmitiendo, con lenguaje limpio, el amor a Dios. Concluyendo su misiva con la transcripción del soneto *Oración del enfermo*, que confiesa llevar escrito en su pecho.

Vaya para todos los que han tenido la gentileza de enviarnos sus colaboraciones nuestro sincero agradecimiento y para nuestros lectores nuestro deseo de que estas páginas contribuyan al conocimiento y al aprecio de uno de los poetas que mejor ha reflejado en su obra el amor a su tierra y la espiritualidad de su vida.

Una mención especial, llena de afecto y reconocimiento, nos merece Doña Josefina Marhuenda, esposa y viuda del poeta, sin cuya generosa aportación de documentos y de recuerdos personales hubiera sido imposible la realización de este número de nuestra revista. En este orden de cosas, debemos mencionar su cesión de las imágenes de los retratos del poeta originales de Ruiz Morante y de José Vila, del homenaje humorístico de Remigio Soler, de diversos dibujos de Antogonza, de J. Luri y de Gastón Castelló y de gran cantidad de fotografías, tanto del poeta como de su esposa y diversas imágenes familiares.

Manuel Parra Pozuelo

Fotografía de Vicente Mojica dedicada a Josefina Marhuenda

ESPEJO DE UNA AMISTAD

La noche del 25 de noviembre de 1987, poco después de la presentación de su último libro en el Ateneo de Alicante, el poeta Vicente Mojica estampó en la página 7 de un ejemplar de su obra una dedicatoria honda y emotiva para quien esto escribe: “A mi querido amigo José Luis V. Ferris, en mi afecto cordialísimo, mi admiración a su poesía y mi gratitud por el bello pórtico con el que ha prologado mi poemario”.

Tenía el poeta 64 años y yo acababa de cumplir 27, sin embargo, en el tiempo que tuvimos de compartir vida y poesía, jamás percibí diferencias más allá de lo humano-esencial. El maestro me hablaba siempre con gratitud, con una extraña fascinación hacia mi persona, acaso porque mi vuelo, como el decía, había sido alto y prematuro en la lírica española tras la obtención del accésit del premio Adonais de Poesía y la publicación de mi segundo libro en la editorial Hiperión de Madrid. Pero había sido precisamente él, junto a Manuel Molina y Joan Valls Jordá, quien me descubrió en el verano del 1980, cuando formaba parte de aquel jurado que tuvo a bien conceder a mis versos de entonces el Premio Villa de San Juan. A partir de aquel momento, Vicente Mojica, Molina y Vicente Ramos pasaron a ser mis ángeles custodios y, en cierta manera, mis mejores consejeros a la hora de hablar de poesía y de animarme, sin duda, a salir de provincias y probar suerte en Madrid.

Vicente fue, durante aquellos años, más que un poeta local y mucho más que un escritor alicantino de pluma esforzada y amable. Lo recuerdo siempre como un gigante de la bondad y un ser humilde sin doblez al que siempre acudía para pedir consejo y ánimo, especialmente en asuntos de la vida, o incluso su mediación en momentos nada fáciles para un joven recién casado y con una hija por llegar. Recuerdo que aquellos meses de 1988 fueron graves y amargos para mí. La publicación de uno de mis artículos literarios en las páginas dominicales del diario *La Verdad* encendió la cólera de un célebre gerifalte, nostálgico cabecilla de la ultraderecha local y vehemente partidario del terror ideológico. En unos días tenía sobre mí un cerco de amenazas, de anónimos colocados alevosamente en mi buzón, de llamadas a media noche recordándome los días que me quedaban por vivir: “Nos vamos a comer tus hígados, so mamón –decía uno de aquellos escritos–. Ve con cuidado. Gran Falange Española y Guerrilleros de Cristo Rey tomamos buena nota. Es posible que algún día, cuando entres en el portal de tu casa, te dejemos sin dientes y sin muelas. So maricón. So cabrón. So hijo de puta. Vamos detrás de ti, y donde te escondas te sacaremos a hostias…”

Eran las formas de entonces, pero su efecto se vio agravado por mi particular situación de aquellos días y la extensión de aquella sarta de advertencias y amenazas a mi mujer y a la niña que llevaba en sus entrañas y que nació en septiembre de aquel año.

Tuve que poner el caso en manos de abogados por si algo me sucedía, mientras por mi cuenta y haciendo una minuciosa investigación tipográfica (su máquina de escribir tenía un defecto en las enes) pude saber quién era el autor de aquella maldad. Bastó con poner en conocimiento de Vicente Mojica la razón de mis desvelos para que éste, sin dudar un segundo, se plantara en casa del infausto personaje (muy conocido suyo) y le obligara a cortar las amenazas y a entrar (cosa difícil e insólita) en razón.

Cuando nació mi hija, el caso estaba prácticamente cerrado. Y tanto fue así que un soleado domingo de octubre, paseando a la pequeña, me crucé con el susodicho

fascista de pro y su mujer y hasta pude oír de su boca una lluvia de parabienes por mis éxitos literarios y por el querubín de niña que llevaba en el carrito de paseo.

Al lado de Vicente todo era más fácil, más sencillo y cercano; hasta el modo en que hablaba con cierta recurrencia y cuidado de la muerte. El poeta arrastraba una deficiencia inmunológica que en cualquier momento, ante una herida o una pérdida de sangre, podría derivar en fatalidad. Quizá ese estado de permanente convivencia con el peligro y la enfermedad fue lo que alimentó la producción lírica de Mojica, una obra que arranca en 1958 con su libro *Llamada al corazón* y que continuaría su marcada línea honda, moral y humana con *Geografía del llanto* (1963), *La paz nos esperaba* (1966), *Cancionero desde la tierra a Dios* (1969), *Palabras de mi amor y mi destino* (1971), *Detrás de las palabras* (1973), *Árbol de mi sombra* (1973), *Al pie de la esperanza* (1979), *Libro de las tribulaciones* (1981) y *Espejo de la consumación* (1987).

Durante uno de nuestros paseos por la plaza de Benalúa o por la calle de las Navas donde se hallaba la delegación del diario *La Verdad* y el Ateneo, Vicente me habló con más gravedad que nunca de la muerte, de lo próxima que la sentía ya. “Es como tener su aliento en la nuca”, me decía, “por eso he escrito estos poemas que pienso titular *Espejo de la consumación*. Me encantaría que tú lo prologases pero tampoco quiero obligarte a ello”

El primer poema de aquel espléndido florilegio de composiciones decía: “A orillas de mi noche / me arrojará la vida, / me vestirá de nieblas / y de fechas amarillas, / El tiempo, como un agua / tenaz y olvidadiza, / me desleirá la sombra / en sombras infinitas…”

Me sentí inmensamente orgulloso de aquella petición del poeta grande y bueno, de su generosidad y de su llaneza, y volqué en aquel prólogo no sólo mi amor a su amistad y a su poesía sino toda la gratitud que había sembrado en mí y todo mi deseo de que poetas y hombres como él jamás se fueran de mi lado:

«Realizar este acto, es decir, sentarme ritualmente ante unos folios, excitar las palabras y descender línea a línea por los peldaños de esta aproximación a la obra de un poeta no es, precisamente, tarea de mi incumbencia. El libro está ahí y lo demás poco o nada ha de trastornar su poder de sugerencia, su andamiaje de signos, de claves y de sueños, su afán, en definitiva, de comunicación.

Sin embargo, se me ha invitado a prologar este libro de poemas, confiándome –cuánto afecto de por medio– un espacio entre estas páginas. Y ya en ello y puestos a ser honestos, no echaré mano de fáciles elogios, panegíricos al uso, ni aparato crítico que desmenuce, fuera de hora y lugar, las entrañas del discurso poético hacia el que nos encaminamos. Comenzaré por hablarles, llanamente, del amigo.

Conocí al autor de estos poemas hace algunos años. Aquel “casi niño-poeta”, según sus propias palabras, que yo jugaba a ser, asistía en provincias, algo asustado, a una velada literaria para recoger un premio que me habían concedido por unos versos. Y entre aquellas manos, aquellos trajes elegantes, aquellos rapsodas de medio pelo y aquel trasiego de muchachas, me encontré por primera vez con Vicente Mojica. ¿Quién no conocía ese nombre? Sus poemas, sus libros, sus lecturas en actos oficiales, sus firmas, eran sobradamente familiares, pero muy al contrario de lo esperado, su presencia menuda, su gesto y sus palabras resultaron de una llaneza cautivadora. Tardaríamos unos años en volvernos a ver.

Tras el reencuentro, puedo decir que he visto romper aguas –con toda la mar a cuestas- a sus dos últimos libros. Primero fue En tu voz de agua clara, cancionero infantil lleno de mirlos y cometas, escrito con afilada sensibilidad. Después, este Espejo de la consumación que tenemos en las manos, de tono bien diferente (quizá tan sólo en apariencia) y que no por mera casualidad viene a ser contrapunto de la obra anterior, como si el autor, obligado por la necesidad, hubiera querido reunir en un

breve espacio de tiempo las dos edades opuestas de la vida, el alfa y el omega, los jardines de la infancia y el rincón húmedo y frío de la vejez.

Parece indudable que un nuevo elemento ha irrumpido, como tema capital, en la poesía de Mojica: la vejez. Y ello le lleva a enfatizar insistentemente en lo sombrío, a hurgar en esa honda preocupación de "pena oscura" que no es otra que la de su propia consumación: "Está anunciando el tiempo, jactancioso y ufano, / el segundo inminente de mi consumación: su triunfo". ¿Qué está ocurriendo, pues, en la vida del poeta? ¿Le desborda la realidad íntima hasta el extremo de requerir urgentemente una salida o estamos ante un tema heredado de la tradición, ante un lugar común en el que el autor ha sabido conectar del modo más digno acuciado por coincidencias personales?

Ciertamente se percibe en esta atmósfera aleixandriana de sombras y de otoños una identificación con otros personajes de nuestra más alta literatura. Así, la huella de Machado se hace notar en versos como "No hay y no es posible / más orden que el previsto: / saltar sin equipaje…", o en estos otros: "…para perderse por caminos de humo / y de distancia un feliz viajero", "Ya estás lleno de mar, hermano mío". Sin olvidar los frecuentes guiños de un Quevedo presente en diversos poemas: "Se consume la vida / los besos, las palabras, / Fuego ayer. Hoy cenizas".

Al parecer, todo nos lleva a presentir la proximidad de un tema o de una realidad no mencionada hasta ahora: la imagen de la muerte (un mero punto y seguido, según nuestro poeta, nunca un aparte). ¿Pero es cierta esta presencia? ¿No estaremos precipitando la lectura y cayendo en la trampa de la simple apariencia, una involuntaria apariencia en la que hasta el propio autor ha querido quedarse? Seamos claros, hay mucho canto a la vida en este libro, el suficiente como para disipar los tintes sombríos y las "cruces entrañables" que lo invaden. La muerte queda reducida a una leve intuición, a un punto de referencia bastante más lejano de lo que parece, a una monomanía del autor que, sin darse cuenta, ha ido dejando candelas encendidas tras su sombra. En una palabra: la vida que respira este Espejo de la consumación acaba siendo demasiado evidente.

Además, hay otro detalle a considerar: Vicente Mojica es un poeta, pero –entendamos esto–, no un poeta sabio. La sabiduría es un estado que se alcanza cuando se ha dado fin al proceso de aprendizaje, cuando el largo camino del conocimiento ha sido recorrido, cuando no cabe la duda porque todos los significados, absolutamente todos, han sido aprehendidos. Ser sabio es negar la juventud y hasta la propia vitalidad, supone una actitud pasiva, la propia inmovilidad de quien, sencillamente, contempla y supervisa el orden de las cosas. En ellos, los sabios, no hay indecisión ni sorpresa posible. La muerte, ya muy próxima, les atrae porque es el único enigma que les queda por resolver. Y, claro está, no es éste el caso de nuestro poeta. Mojica está constantemente aprendiendo, aspira siempre a conocer, aún no ha recorrido su camino, la vida le sorprende a cada momento y siente la urgencia de cantarlo –libre el verso y verso libre– con abierta o solapada energía.

"Quien duda existe. Sólo morir es ciencia", nos decía Aleixandre. Que Vicente Mojica es un escritor que ama la vida, que duda y se sorprende, creo que ha sido demostrado. Cómo escribir, de no ser así, del mar, del beso y la ternura toda. No nos engañe, pues, el tono de su voz escrita cuando le veamos hacer inventario de su propia existencia (Hubo un tiempo de pájaros y rosas…"), o cuando escape a la infancia –¿huyendo acaso?– junto a esos niños que trepan felices por el tapial de sus poemas ("cual bandada de niños en plena libertad, ya sin escuela", "como una criatura su abandono", "humildes como niños", "como aquel niño / puesto bajo custodia en un viaje", "con la humildad de un niño / que elude aristas delicadamente"),

Sin duda, este Espejo de la consumación no es una despedida ni una mirada retrospectiva y amarga hacia lo intensamente vivido. La experiencia del poeta aún está ensanchándose –no es el sabio inmóvil y paciente quien nos mira– y su amor por las

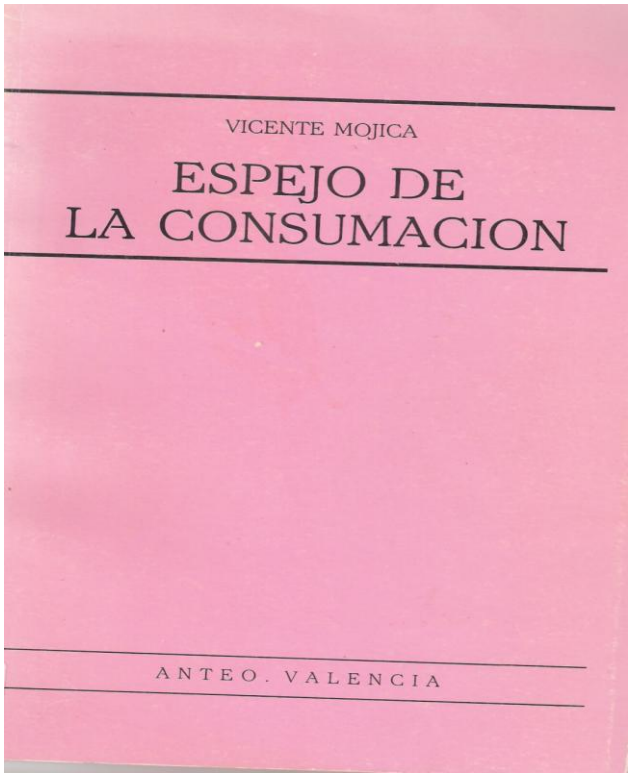
cosas engendra en sí todo un derroche de futuro. Y si negamos la muerte en estos versos, si negamos la desidia de los sabios, ¿qué es vivir sino amar y ser amado a un tiempo? ¿Y no será que el poeta, en este libro, expresa todo el amor porque es ahora cuando más lo necesita?

> *Perdóname, si estando tú delante*
> *se me escapa en voz baja alguna queja*
> *para buscar mi alivio en tu ternura»*

Abril de 1987

A su lado, todo era más fácil.

José Luis V. Ferris



VICENTE MOJICA

Ha sido una experiencia conmovedora acercarme a la obra de Vicente Mojica, una ocasión que me ha permitido conocer a este humanísimo poeta. No soy especialista ni crítico literario; estas letras son consecuencia de la experiencia conmovedora a que aludía, y quiero aclarar humildemente, con palabras del propio poeta, que sólo "siento y como siento digo".

Por la fecha de su nacimiento, 1923, su vida se desarrolló en un entorno histórico marcado por la guerra, la posguerra, la dictadura y el advenimiento de la democracia. La pobreza y el trabajo lo acompañaron en su niñez. A los diez años, y abandonado el colegio, fue botones en el elitista Club de Regatas y en el mismo escenario, convertido en Hospital de Sangre a causa de la guerra, lo hizo para Socorro Rojo Internacional. Más tarde, trabajó como mancebo de farmacia en la de don Vicente Otero, al tiempo que estudiaba el Bachillerato. En 1943 obtiene el título de Practicante en Medicina y Cirugía en la Universidad de Valencia; en 1950 gana por oposición una plaza de Practicante en el Hospital Provincial y deja su trabajo en la farmacia. Hay que suponer cuánto esfuerzo, trabajo y tesón debió de costarle hacer una carrera y ganar las oposiciones sin dejar de trabajar. En 1951 se casó con Josefina Marhuenda, maestra y practicante como él, de la que hablamos en otro lugar de esta revista.

Todos estos acontecimientos y vicisitudes influyeron en su obra, llena de referencias biográficas. Como corresponde a quien declara: "De entre todos mis maestros, me quedo con Don Antonio Machado. Siguiendo su altísimo ejemplo, renuncio a la retórica.", su verbo es claro, sencillo, sin florituras:-"Cada palabra mía es una herida, / un fraternal latido, un aletazo"-, volcado en la realidad vivida, en los sentimientos, la familia, la amistad, su profunda fe religiosa, su país y, concretamente, su ciudad: "La savia que me ha nutrido / es savia de mi ciudad; / me he alimentado en las ubres / del más puro manantial".

La contienda hirió dramáticamente al joven Vicente, quien a los 14 años publicó su primer poema: *Bilbao, la mártir*. En su obra posterior convierte en poemas las más amargas experiencias de aquella guerra cainita, como si quisiera expulsarlas así de su alma, y recuerda reiteradamente a una niñez marcada para siempre por esa locura incomprensible que desata en el hombre sus más abyectos comportamientos, y deja un poso de desolación y tristeza en quienes la padecen:
"Las pupilas de los niños / se han dilatado al acecho./ Ya no les da miedo el lobo: / El hombre es quien les da miedo"/. "Yo os dije adiós; mi corazón de niño / os vio partir y en su interior aún guarda / vuestra memoria, ¡polvo campesino! / Por los heridos campos de la patria"/.

Los sufrimientos de su ciudad en aquella época nefasta, también han quedado reflejados en su obra: "Desventurada ciudad mía / hoy / 25 de mayo / ha venido la muerte de puntillas, / te ha sorprendido / y ha hundido sus zarpazos en tu carne."

No olvida Mojica a los muertos sin nombre, esos muertos que son, paradójicamente, hermanos de los otros muertos: "Muertos hermanos de los otros muertos / muertos que nadie nombra y todos callan, / muertos sin nombre, fecha ni recuerdo, / vivos tan sólo dentro de mi alma".

Tiempo después confesaría el poeta: "La amargura que hay en mí, te has de hacer cargo / que me viene de antiguo; no sería / quien soy si la amargura día a día / no se hubiera vestido en mí de largo." Huella indudable de las carencias de su niñez, y de los estragos de la guerra sufridos en su adolescencia.

Al acabar la contienda, Alicante lucha por volver poco a poco a la normalidad, pero es difícil porque, como nos dice el poeta: “Aún el muro del mal oscurecía / el puro azul del cielo. Aún quedaban / ayes y llantos, lutos y alambradas / huérfanos que nada comprendían / y rencores oscuros entre hermanos/.”

Fueron años de injusticias, de dolor, de miseria, de odios, de ausencias..., pero va pasando el tiempo, hay que sobrevivir, la realidad se impone, renace la esperanza, y una vez más comprobamos que en el corazón del hombre hay una fuerza escondida que le hace levantarse una y otra vez y vencer las adversidades: “Brotan de nuevo, / reverdecen, estallan, se abren, crujen / de amor los corazones / en el aire flota otra vez un soplo de ternura”.

Hay un tema que define el más íntimo universo del poeta, siempre y por encima de todos los demás: el amor. Él mismo se declara: “Reo de amor, Señor / yo te confieso que amor ha sido siempre mi costumbre.” Amor a Dios; a su familia; al hombre sean cualesquiera sus circunstancias; a grandes y pequeños; a enfermos y sanos; a pobres y ricos; a conocidos y desconocidos; a su país, a su ciudad, a sus fiestas... Amor, amor en su más prístina esencia. Amar parece ser su destino, la justificación de su existencia: “Yo voy sembrando amor, porque es hermoso / amar a las criaturas, levantarse / limpio de todo mal cada mañana.”. A veces, el poeta se pregunta de dónde nace ese amor que le inunda, que le traspasa, que destilan su corazón y su alma: “Es un agua divina que me viene / no sé por qué hondos deliciosos caños”.

Como contrapunto, el dolor alza su sombra. La enfermedad, tan presente en su vida a causa de su profesión: “Me circunda el dolor, como un estío / de abrazadores brazos de sequía; / quiero evadirme y hallo cada día / surtidores de llanto en torno mío”. El paso del tiempo: “¿Ayer? ¿Tan solo ayer? / ¡Cómo es posible,/ tanta lluvia de tiempo!”. La ineludible muerte: “Mi muerte y yo, mi única / verdad y yo, sin nadie./ Mano a mano ante Dios, si me sonara / el clarín que a mi muerte ha de enfrentarme”.

Hombre de profunda fe religiosa, fervoroso católico, agradece a Dios el don de la fe: “Gracias, Señor, por darme esta fe viva / de esperar, como espero, que no sea / la muerte como un salto en el vacío.” Estos versos parecen llevar implícito un atisbo de duda que se manifiesta más claramente cuando pregunta, refiriéndose a la tragedia de Hiroshima: ”Señor,/ ¿Qué podías estar Tú haciendo entonces?” La duda, confiesa el poeta, es una batalla: “siempre iniciada y nunca interrumpida, / una secreta y larga y honda herida / un volcán interior que arde y estalla.” Parece ser que la duda acosa con frecuencia a las personas de fe más arraigada. (Hemos tenido un último ejemplo hace unos meses con las confesiones que hace en sus cartas la madre Teresa de Calcuta). Finalmente, Mojica se reafirma en su fe y vence sus dudas: “Yo estoy aquí, Señor. Vengo a tu lado / para no separarme, a estar contigo / como un soldado fiel, como un amigo / con tu herida de amor en un costado.”

Parece que el destino hubiera elegido a Vicente Mojica para estar cerca, primero de forma tangencial –Hospital de Sangre y farmacia-, y directamente después por su profesión, en contacto con la enfermedad. No es extraño que todas estas vivencias y las de la guerra, como hemos apuntado antes, quedaran reflejadas en su obra. Pero, naturalmente, no todo fue dolor y tristeza en su vida. Su profunda religiosidad; el amor de su esposa -“Eres raíz de la ternura, esposa,”-, y de su familia; la amistad con que le distinguieron tanto personas humildes como destacados profesionales y escritores, y el reconocimiento de sus méritos le proporcionarían, que duda cabe, muchos días felices. “Detrás de cada noche nace siempre una aurora./ No es eterno el diluvio ni jamás se eternizan el dolor y la pena./ Donde queda esperanza se renueva la vida”. Y la vida también se renueva y trae la alegría con el nacimiento del hijo: “¿Qué me has devuelto tú, qué me has devuelto / que no sé si recuerdo o si tenía? //. Es una aurora, niño, es una aurora / por donde pace el corazón,¡que suelto, / en un prado de un cielo de alegría!”.

Como otros poetas, Bécquer, Cernuda..., Mojica piensa que tras su desaparición sólo le espera el olvido: “El polvo amarillento del olvido / recibirá mis huellas inclemente / y ya no se sabrá si fue Vicente / o Pedro o Juan el ruiseñor herido”. Como otros poetas, Mojica se equivoca: está vivo, muy vivo en el corazón de los amantes de una poesía como la suya, tan humana y fraternal.

María Rosario Mohinelo

Versifico con tu reflejo

Tú has sembrado amor
con la palabra
conjugando vocablos,
gestando el enunciado exacto,
abrazo pleno
a corazón abierto.

Con recorrido
de presuroso paso
a consolar te diste,
vertiendo el néctar del alivio
sobre cualquier herida,
ansioso por alcanzar
las sienes lastimadas
que sobrelleva el cuerpo en su caída.

Y confortaste,
con un canto de luz,
la cercenada fe que acecha al alma
en la intimidad de su destierro.

Y te crecieron rosas
ungidas de esperanza,
no sin espinas.

Después, en el momento
inesperado,
vino la noche
y fingiste no verla;
pero la noche te rondaba
ávida por poseerte,
y fuiste tras su huella,
sucumbiendo al azul del firmamento,
buscando a Dios en cada estrella.

Mª Amparo Benito Díez

VICENTE MOJICA, EN EL RECUERDO...

"Sabiendo quién me alienta y quién te envía,
sabiendo quién me espera, sin demora
acudiré gozoso a la llamada".

Vicente Mojica

Es evidente que, cuando nacemos a la vida, el hombre que piensa se propone alcanzar una meta, llegar a su fin. Esta meta puede tener un carácter material, vegetativo o, por el contrario, revestirse de factores ideales propios del espíritu, para delimitar un perfil.

Vicente Mojica escogió el sentido espiritual de la vida, y en el transcurso del tiempo, desarrollar dos facetas vocacionales: la profesional sanitaria y la literaria-poética. Y ambas, unidas y ensambladas con el carácter humanitario que le caracterizaba, constituyeron en Vicente la vida de su razón y la razón de su vida.

Durante su adolescencia, Vicente, mientras realizaba sus estudios, trabajó en el Real Club de Regatas y, posteriormente, como Auxiliar de Farmacia en la que regentaba el doctor D. Vicente de Otero, que pasó después a D. Vicente Coloma.

Durante este periodo de tiempo, la Farmacia, vinculada con la Medicina y la Enfermería en el entorno del paciente, fue el nexo o unión de la gestación de la vocación. Y esta vocación de entrega, de espíritu de sacrificio y aptitudes específicas para con la persona que sufre, como Practicante de Medicina y Cirugía, fue desarrollada por Vicente Mojica después de obtener el título en la Facultad de Medicina de Valencia.

En realidad, la vida de Vicente no ha sido nada fácil. Todo lo que es se lo debe a sí mismo. Partió de cero, quemando y superando una serie de etapas con una impresionante determinación, hasta alcanzar y materializar las cotas de logros propuestas.

En los albores del Seguro Obligatorio de Enfermedad, cuando todavía no existían las Residencias o Instituciones Cerradas de la Seguridad Social, en Alicante las intervenciones quirúrgicas se realizaban en la desaparecida Clínica Climent. Vicente, pudo vincularse en los incipientes equipos quirúrgicos de los doctores Reyes, Pérez Llorens, Guillén Tato y Van der Hofstatd: maestros todos ellos que dieron a manos llenas todo su saber y hacer en la vida y sentaron las bases, los cimientos que desarrollarían luego en su fecunda labor profesional médico-quirúrgico. Con D. Carlos Van der quedaría luego como ayudante, tanto en le Hospital como en el ejercicio privado.

Pero en aquellos tiempos, su verdadero deseo, su auténtica realidad, era dedicarse con entrega absoluta a la profesión, preparar oposiciones y obtener un puesto de trabajo fijo.

Vicente Mojica, junto a Pascual Ruiz, inicia la singladura de preparar y estudiar oposiciones al convocarse, en junio de 1948, las de ingreso en el Cuerpo de A.P.D. (Asistencia Pública Domiciliaria) o Titulares, alcanzando brillantemente los primeros puestos, plaza a la que pasó después a la situación de excedencia activa.

Esta oposición era la puesta a punto, el mantenerse en forma y óptimas condiciones antes de acometer empresa de mayor envergadura, como era afrontar la próxima oposición que se anunciaba: la de Practicantes de la Beneficencia Provincial en sus Establecimientos Benéfico- Asistenciales (Hospital Provincial y Sanatorio Psiquiátrico), que se convocaron en el año 1951.

Las siete plazas de Practicantes convocadas estaban cubiertas con carácter interino por compañeros que llevaban entre tres y nueve años en esta situación, cumpliendo con

aprovechamiento y perfección su cometido profesional; por ello no era extraño que se comentase por todos que las plazas “estaban dadas”.

Con una entrega sin límites, con unas inquietudes desmedidas y con una responsabilidad digna de encomio, se trazó la tarea exigente, convertida con el transcurso de los días en la más exigente aún, de planificar, preparar y estudiar con profundidad el temario correspondiente. Temas redactados de tal forma, con profusión de conocimientos y citas bibliográficas, que fueron posteriormente guía para acceder otros compañeros a ocupar plazas en las siguientes oposiciones y que, aún hoy, en el momento actual, siguen conservando toda su vigencia de conocimientos.

Fruto de esa exigencia, de esa entrega y sacrificio personal de horas dedicadas al estudio, fue alcanzar una plaza de la Beneficencia Provincial, siendo nombrado Practicante en propiedad por la Corporación, en sesión de diciembre de 1951, con el sueldo anual de 5.850 pesetas, tomando posesión el día 4 de enero de 1952. La primera mensualidad percibida, en enero de 1952, fue de 482 pesetas con 35 céntimos.

En el medio hospitalario es donde Vicente Mojica ha desempeñado un papel fundamental. Es donde ha encontrado un lugar idóneo para desarrollar todo ese potencial vocacional que llevaba dentro, a través de una labor asistencial eficiente y eficaz.

Como buen profesional, por experiencia en el rudo aprendizaje, posee una capacidad y un deseo de transmitir a otros profesionales el fruto de sus conocimientos y el resultado de su experiencia; de aquí la otra faceta de su quehacer profesional y que sólo puede desarrollarse en el medio hospitalario: la docencia.

Docencia y formación que se inician o aparecen, cuando, en el año 1964, fue autorizada la creación de la Escuela de Ayudantes Técnicos Sanitarios al Colegio Oficial de Auxiliares Sanitarios (Sección de Practicantes), como se denominaba entonces, encomendándosele impartir la enseñanza de Clases Prácticas, docencia que desempeñó durante once cursos académicos. En ese lapso de tiempo (1967-1968 a 1977-1978), han pasado o recibido enseñanzas teórico-prácticas, unos setecientos alumnos, hoy perfectos profesionales de Enfermería, que bien saben les ha entregado-sin reservas ni tacañería-, cuanto ha tenido de aprovechable y útil para su formación, no sólo con generosidad, sino con una entrega total y absoluta.

Formar hombres para una actividad en la vida y capacitarlos para que desempeñen bien su cometido es la misión más bella, más elevada, más difícil y que exige magnanimidad y sacrificio. Por todo ello, Vicente puede sentir la íntima satisfacción de haber contribuido a algo tan sublime como es la docencia y recibir de todos nosotros nuestro mayor agradecimiento y gratitud.

A la competencia profesional se llega -inculcaba a los alumnos-, por la vocación, el interés, el estudio, la tenacidad y el afán de superación, y procuraba no sólo limitarse a darles su saber “ser” en la vida, sino también su saber “estar” en la misma.

Durante muchos años fue vocal del Colegio de ATS, redactor-jefe de las revistas El Practicante Alicantino y “CATS”, presidente de la Asociación de Escritores y Artistas ATS y miembro de numerosos jurados para fallar certámenes literarios y exposiciones de pintura.

Por su dilatada labor profesional, consciente y prestigiosa, el ministro de Sanidad, en reconocimiento a sus méritos y a propuesta del Colegio de ATS, le concedió la encomienda de la Orden Civil de Sanidad.

Fue consejero del Patronato de la Fundación José Llopis y está en posesión de la medalla de oro de Deontología Profesional e insignia de oro del Colegio de ATS, del que fue Colegiado de Honor.

Si fundamental y destacado fue el rol de Enfermería desempeñado por Vicente Mojica, no fue menos, quizá más, su dedicación y entrega a la vertiente poética. Atraído irremediablemente por la literatura, sobre ella volcó toda su fuerte personalidad, gran humanidad y enorme talento.

La clave de su singular personalidad la constituyó el ensamblado de estos dos componentes vocacionales. En el caso de Vicente, ambas cualidades se complementaron y potenciaron, sobre todo cuando asientan sobre la base de una gran sensibilidad, una extrema humanidad y una entrañable entrega a los demás.

La inquietud literaria se inició en su juventud, con asistencia a tertulias e incorporación al grupo de escritores alicantinos surgidos al final de nuestra guerra civil. Su tendencia fue la literatura y su pasión la poesía. Vicente nació poeta.

Con habilidad y paciencia de artesano, con una labor minuciosa, se puso él mismo en cuerpo y alma a la redacción poética hasta alcanzar una verdadera calidad y riqueza emocional. Vicente es uno de los valores más sólidos de la narrativa poética.

En su poesía refleja el mensaje básico: la vida tiene más espinas que rosas, pero es necesidad del hombre sublimar su dolor en la búsqueda de lo absoluto. Cada uno de sus poemas es un trozo palpitante de la vida. Él siempre supo amar y hacerse amar.

Se ha dicho de la poesía de Vicente Mojica que es intimista, que brota con natural fluidez del amor y de la tolerancia, la ternura y la justicia, y a veces del dolor y de la tristeza.

Con tus libros -queda dicho y figura en las hemerotecas-, “nos enseñaste a ser mayores, a ser creyentes y a ser niños y con tu gran sensibilidad a amar lo nuestro”. Otro crítico: “Con su innata bondad, su plenitud humana y la hondura de sus sentimientos” que hacen del autor “el poeta alicantino de la esperanza”.

Los sustantivos: esperanza, paz, amor, Dios, ... están siempre presentes en toda su obra poética. Estos componentes, descritos en formas sencillas y directas, con su espíritu emprendedor y genio creativo, crean un mundo impredecible de intensa espiritualidad, que sorprende y encanta, dejando imágenes vivas en la memoria. Así es el mundo de Vicente, sencillo y directo.

Algunos de sus poemas constituyen un hermoso homenaje a la niñez. La esperanza del mundo son los niños. El mundo de los niños -que a Vicente fue tan grato-, alcanza en sus poemas expresiones de una profunda ternura y emoción. En el de la niña que jugando se ha roto el vestidito, le dice con palabras cariñosas:

“No llores, no llores, deja de llorar,
que tu mamaíta no se va a enterar.
Se quedará tan bonito,
que todo el mundo creerá
que tu vestidito es nuevo
y lo acabas de estrenar”

Sus seres queridos no podían estar ausentes en su poesía lírica, para quienes reserva su parcela de amor. Los simboliza vistiéndoles de ropaje vegetal, cuando dice:

“La madre es el núcleo generador del fruto”
“Padre es igual que un árbol”
“Árbol mío de ayer”
“La esposa, un puente hacia la vida”
“... mi esposa, luz de permanente amor,
sin quien yo no sería”

La raíz es la ascendencia, y las ramas, los hijos y nietos:

“Hijos míos,
fruto vuestro y prolongación mía,
con quien me habéis llevado
al pie de la esperanza”.

Vicente se siente renacido a través de su descendencia y recobra la eternidad a través de la semilla del hijo:

"los hijos de mis hijos son mis hijos dos veces"

Vicente Mojica fue un hombre de vida sencilla, amigo de la meditación, con una vida interior muy intensa, y de una despierta sensibilidad estética.

Su obra poética se halla recogida en más de veinte libros, es coautor de otros, ha colaborado en distintos periódicos y revistas con artículos, cuentos, ensayos y poemas y ha obtenido diversos premios de categoría nacional.

Fue miembro de la Junta Rectora del Instituto de Estudios Alicantinos. y cronista oficial de la Junta Central de Moros y Cristianos de Alicante. Fue Socio Fundador, vicepresidente de Cultura, Coordinador y Medalla de Oro del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Alicante.

Conferenciante y pregonero, fue "Hombre del año" de las Letras alicantinas en 1969. Poeta y prosista, reúne un palmarés brillantísimo por su quehacer literario. Treinta galardones tiene en su haber.

Sus colaboraciones fueron tan numerosas y tan amplias -no tenía horizontes concretos- y siempre con un contenido de expresiones tan bellas, que su lectura es y será un cúmulo de satisfacciones para lectores de múltiples edades.

Sobre la naturaleza, análisis y valoración de su fecunda y prolífica obra poética queda constancia en los prólogos de sus libros y en las críticas y comentarios dispensados con encendidos elogios, a cargo de autoridades y expertos en la materia: Vicente Ramos, Guillén, Molina, Sala Seva, Aguirre, Albí, Porpetta, Bono y un largo etcétera.

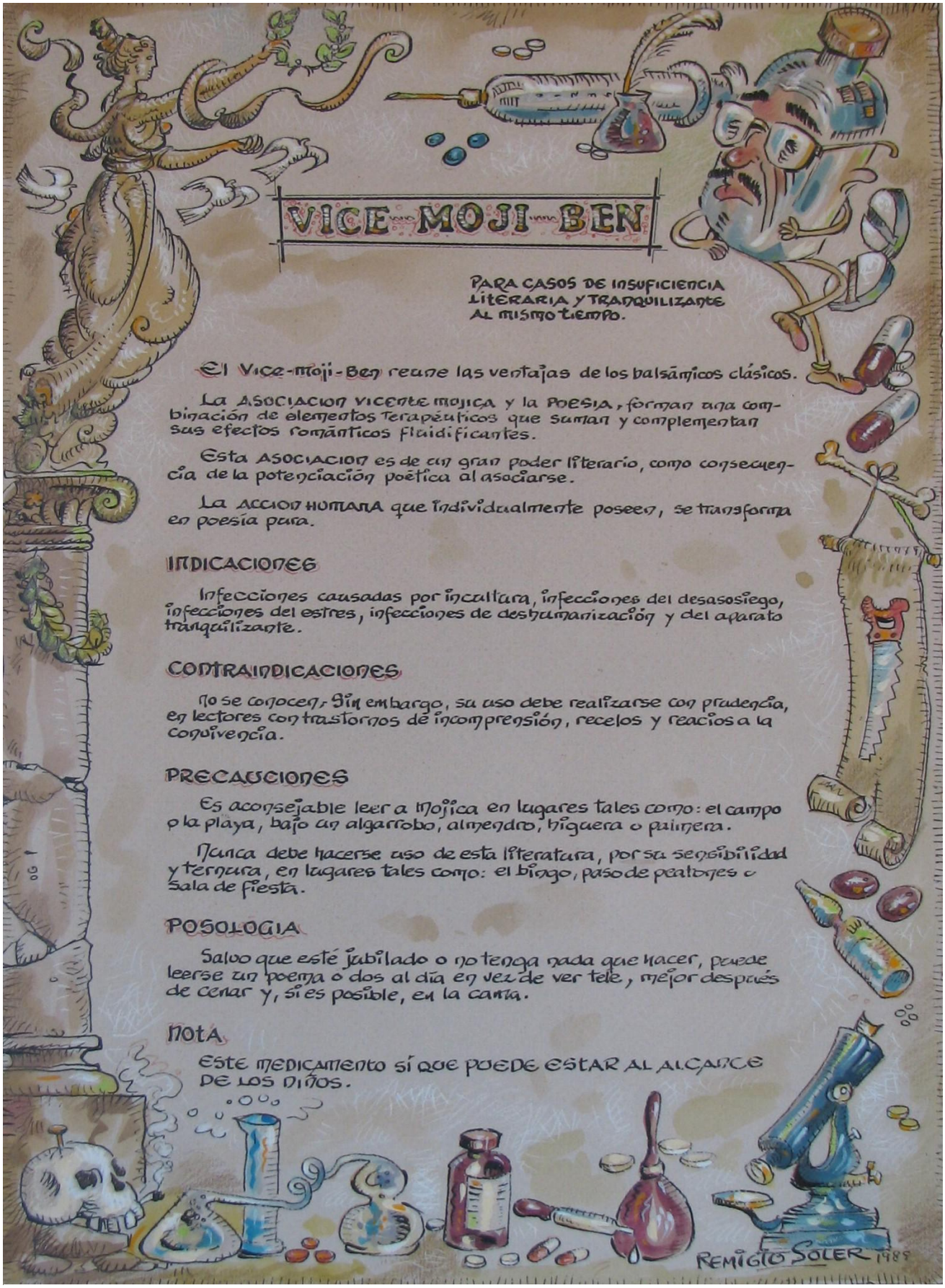
Leyendo o releyendo la obra poética de Vicente Mojica, siempre nos despierta estímulos y sentimientos de admiración, emoción y cariño, que se renuevan como las estaciones.

Por eso, podemos decir con Faulkner que Vicente creyó, y creyó bien, que la poesía era lo más hermoso, lo más alto, la forma superior del conocimiento y de la expresión.

El Ayuntamiento de Alicante, en reconocimiento a su larga trayectoria profesional, social y literaria, le concedió una vía pública de la ciudad, con la denominación de Glorieta del Poeta Vicente Mojica.

De su ejemplar existencia, nos queda su memoria, su testimonio. Su presencia aún está presente en nuestras retinas y el eco de sus palabras no se ha desvanecido, permanece siempre perenne en nuestro recuerdo.

Pascual Ruiz Galiano



Dibujo definitorio humorístico de Remigio Soler

Palimpsesto para Vicente Mojica

Ahora que las glorietas
llevan tu nombre,
ahora que los sueños
lamentan tu ausencia,
escucho
la *llamada al corazón*,
que traza
una *geografía del llanto*
en el lugar
donde *la paz nos esperaba*.

Allí,
detrás de las palabras,
palabras de mi amor y mi destino,
bajo el *árbol de mi sombra*
y junto al *pie de mi esperanza*,
donde tus versos escriben
en el *libro de las tribulaciones*
un *cancionero desde la tierra Dios*,
allí, amigo Vicente,
frente al *espejo de la consumación*,
traerá el viento un legado
y la noche un recuerdo,
y se abrirán ante nosotros,
una vez más,
las páginas
de *nuevas canciones*
y otros poemas.

Joaquín Juan Penalva

EL NAÚFRAGO Y LOS GIRASOLES

La tarde calurosa de agosto llegaba a su fin, principiando una brisa limpia y fresca que invitó a Saoro a bajarse a la calle.

Por sus aceras, el anciano estaba como ausente, caminando sin un rumbo fijo. Sus pies y su bastón, tomaron la dirección instintiva que le marcó la costumbre. Se dirigía, casi sin pretenderlo, al Bulevar del Plá.

Y es que no conseguía quitarse de la cabeza un extraño recuerdo: los campos de girasoles de su añorada Partida de la Hoya de Elche, en aquella finca que fue su heredad, a la vez que una parte importante de su vida.

En apenas diez minutos se encontraría en aquel paseo.

A lo lejos, pudo contemplar la hilera de bancos de metal ocupados por padres y madres, que a duras penas, daban la merienda a sus hijos entre las idas y venidas de los inquietos pequeños que jugaban entre ellos. Pero, inesperadamente, entre el anónimo gentío, en un apartado y solitario asiento reconocería un rostro amigo.

Entonces, con la curiosidad que le caracterizaba, se aproximaría, confirmando, ahora sí, su sospecha; era Jesús, un compañero de su época de albañil, jubilado como él, al que solía frecuentar en la Plaza del Sol en las otoñales tardes de octubre.

Allí estaba, sentado, triste y apesadumbrado, con un libro entre sus viejas y arrugadas manos.

Se aproximó a él y le saludó, pero sólo consiguió una forzada sonrisa y una desganada respuesta, que Saoro interpretó como la del naúfrago que espera una barca salvadora. Por eso se sentó a su lado, preguntándole la razón de aquella actitud tan depresiva.

El anciano le dejó el libro entre sus manos por toda respuesta. Y Saoro leyó su portada:

“25 de Mayo, la tragedia olvidada” de Miguel Ángel Pérez Oca.

-¿Y esto?- le preguntó con extrañeza.

- Sabes, este libro me ha traído dolorosos recuerdos de mi pasado, casi olvidados.- le respondió. Y continuó su explicación:

- Recuerdo aquel día. Yo era muy pequeño, pero, así y todo, jamás lo olvidaré.

Mi madre y yo nos fuimos al Mercado Central a comprar algo para comer con nuestros escasos recursos. Faltaban pocos metros para llegar cuando oímos el ruido de los aviones y el silbido de las bombas y al poco tiempo las ensordecedoras explosiones. Mi madre me ocultó entre su regazo en un portal cercano.

Los escombros nos rodearon, afortunadamente sin hacernos ni un rasguño, pero nos alcanzaron las salpicaduras de la sangre de las desgraciadas víctimas. Y, entonces, recuerdo, como si fuera hoy, cómo le grité histérico a mi madre: ¡Madre, está lloviendo sangre! ¡Sangre del cielo!

También tengo frescos en mi memoria los instantes anteriores: el estruendo de aquella tormenta destructora que no perdonaba a nada ni a nadie. Mi madre rezaba, porque, a pesar de aquellos tiempos, en el fondo siempre fue muy creyente.

Y yo, lloraba desconsoladamente, sin comprender el motivo de tanto daño.

¿Qué les hicimos nosotros, mi madre, yo y los demás, para odiarnos tanto?

Cuando todo cesó, el silencio se vio roto por los lamentos de los heridos.

El panorama era dantesco: cuerpos destrozados y mutilados, restos humanos que se fundían con los destrozos, una auténtica pesadilla hecha realidad.

Mi madre trató de impedir que viera todo aquello.

Muchos años después, un poeta amigo mío, Vicente Mojica, me leyó unos versos que tampoco pude dejar en el olvido y que me trajeron, por primera vez, ese amargo sabor del pasado.

El poema se llamaba *"25 de mayo"* y lo recuerdo muy bien. Escucha:

"Hoy
25 de mayo,
justamente a las once
en un día amanecido
como los días de esta primavera
inesperadamente, la ciudad,
se ha abierto como un fruto de muerte,
ha estallado
en llanto y alaridos
y en el azul violado de su cielo
han prendido
colgando hasta sus ruinas,
negros crespones de humo.
Desventurada ciudad mía,
hoy,
25 de mayo,
ha venido la muerte de puntillas,
te ha sorprendido y ha hundido sus zarpazos en tu carne."

Unas lágrimas fueron resbalando por el hueco de las gruesas gafas del anciano.

A Saoro le parecieron unos versos magníficos, como así le manifestó, pero la situación emocional de su entrañable amigo le preocupó y por eso lo abrazó e intentó consolarlo, confesándole que, gracias a su historia, había comprendido por qué pensaba tanto en sus campos de girasoles. Y de esta manera se lo explicó a su amigo:

- Quizás los girasoles tengan las respuestas a tanto dolor.

Al igual que en ellos, miramos a la tierra cuando la oscuridad de la noche nos trae los más dolorosos recuerdos. Pero cuando el sol aparece, lo miran de frente. Sin miedo.

Ese sol es el presente, lleno de contrastes, de coloridos, de matices, de vida.

Contempla ahora a los niños jugando en este paseo. Ellos son el futuro. Girasoles que un día mirarán al astro rey buscando en sus destellos nuevos horizontes, nuevas esperanzas. Unas veces serán desangelados espejismos, otras productivas victorias personales, y en la mayoría de las veces, discretos aciertos y algunas derrotas.

Amigo mío, es la vida en todo su esplendor.

Y, ahora, -añadió Saoro sonriendo- vamos a la heladería que tengo la pretensión de que te recuperes, invitándote a una fresca horchata que nos vendrá muy bien.

Se levantaron a la vez. Y Jesús le sonrió. Estaba claro que el naúfrago, por fin, había llegado a su añorado hogar.

Luis S. Taza Hernández

UN SONETO DE VICENTE MOJICA

Fotografía de Josefina Marhuenda

Soneto a la esposa

Eres raíz de la ternura, esposa,
del árbol de mi sangre. Con tu aliento
sube a mi amor, mis ramas y mi viento
una dulzura nueva y prodigiosa.

Va a ti mi corazón como a una rosa
de cuyo néctar libo mi alimento
y amo en ti a Dios, porque al amarte siento
su bondad en la tuya caudalosa.

Consciente de mi amor y mi ventura,
gozo de contemplarte y de tenerte
ya para siempre a mi querer unida,

que, por ansiar la eternidad segura,
con nuestro amor frutal, sobre la muerte,
hemos tendido un puente hacia la vida.

Este soneto fue una de las primeras composiciones de Vicente Mojica que obtuvo un merecido premio en 1958; además, la incluyó dentro de su primer libro *Llamada al corazón* y nos parece uno de los más logrados de su autor.

Se inicia con una definición de la esposa, a la que denomina "raíz de la ternura"; esta hermosa metáfora se completa y amplía con el segundo verso, en el que, desde la raíz, la ternura sube, como si de una savia vegetal se tratase, hasta "mi amor, mis ramas y mi viento", llegar hasta esas realidades, situadas por encima del nivel superficial es, precisamente, "una dulzura nueva y prodigiosa". La esposa muestra, en estos cuatro primeros versos, tanto su ubicación en lo más profundo de la personalidad del autor como su esencial entidad, "su dulzura", que desde la raíz asciende hasta las partes más visibles del árbol en el que el autor se metaforiza.

En el segundo cuarteto, el movimiento desde la esposa al autor que protagoniza el primero, invierte su sentido, y ahora es el corazón del poeta el que va hacia la amada, que, en este caso, se transforma en una rosa, de la que liba su alimento como si fuera una abeja que de la flor obtuviese el polen, y además, en esa flor, en la que se ha convertido la amada, reside la divinidad, el propio Dios, desde el que recibe su bondad, fusionada y unida con ella.

La unión entre la amada y el poeta es, por tanto, íntima y absoluta, ya que la amada es la raíz y el sustrato de su ser del que obtiene su alimento y la rosa en la que se trasmuta, es también sede y habitáculo de la divinidad con las que ambos –poeta y amada- se funden.

En los tercetos se muestra el gozo de contemplar y tener a la amada unida para siempre a su amor. La palabra que inicialmente aparece es "consciente", clave de los tres versos siguientes, consiguiendo así que la situación descrita en los cuartetos adquiera consistencia en los tercetos, de tal modo que la citada consciencia provoque el gozo que se explicita en el verso décimo, incrementado y consolidado en el undécimo verso mediante la concreción de su duración, que será "para siempre". Y este carácter de permanencia se concreta aún más en los tres últimos versos, ya que en ellos el amor frutal y absoluto de los esposos, ansiando "la eternidad segura", ha tendido un puente hacia la vida.

Manuel Parra Pozuelo

SONETO AL SANTUARIO DE SANTA MARÍA MAGDALENA

Fachada del Santuario de Santa María Magdalena. Novelda

Uno de los monumentos históricos y arquitectónicos más apreciados de la provincia de Alicante es el Santuario de Santa María Magdalena. Este bellísimo edificio religioso está situado en el Cerro de la Mola, en Novelda y fue construido entre 1918 y 1946 por el ingeniero José Sala Sala. Los materiales utilizados fueron guijarros y piedra natural. Junto al Castillo de la Mola y el Casino de Novelda, este santuario, dedicado a la patrona del pueblo, que fue proclamada como tal en 1915 por el Papa Benedicto XV, constituye el valioso patrimonio artístico de la localidad alicantina. Su diseño está influenciado por el estilo modernista catalán de Gaudí; no en vano José Sala Sala cursó sus estudios de ingeniería en Barcelona. Se cuenta que durante la guerra civil española, tuvieron que reforzar los muros con sacos de arena, para que no se destrozara la estructura.

En su poemario *Palabras de mi amor y mi destino,* Vicente Mojica incluye un bello soneto a este monumento. En sus versos otorga espiritualidad al edificio; lo envuelve en un aura celestial que incita al que lo lee a viajar a la localidad noveldense para observar de cerca su hermosa magnificencia.

El primer cuarteto comienza con una alusión a la proximidad de Dios y resalta la religiosidad que conlleva su construcción, así como la altura del mismo, un concepto que vuelve a repetir en el último verso de esta primera estrofa:

> "Cerca de Dios, del ala y de la nube
> hecha oración tu fina arquitectura,
> ¡qué amoroso el rumor de la andadura
> que hasta las fuentes de tu gracia sube!

El término *amor*, tan utilizado por el poeta en toda su obra, también figura en este soneto, tanto en la segunda estrofa como en la primera. En el segundo cuarteto y en el primer terceto, lo celestial se impone. Es muy interesante el tercer verso del segundo cuarteto que, de forma magistral, conduce al lector a recrearse en la contemplación de las flores esculpidas que adornan la fachada:

> ¡Qué milagro este amor, que ha hecho que incube
> la piedra en ti su nido de hermosura
> y el cincel la ha hecho rosa blanca y dura,
> en artesanas manos de querube!
>
> ¡Arcángeles canteros habrán sido,
> para labrar tu fina orfebrería
> de tantas gracias celestiales llena!,"

La luminosidad que la visión del santuario transmite es plasmada en el primer verso del último terceto, que, en sus dos versos siguientes, informa del lugar donde se encuentra enclavado, posición que influye en la iluminación del edificio, y alude al objetivo del mismo, que fue levantado en honor a la patrona de Novelda, Santa María Magdalena:

> "quienes joya de luz te han conseguido,
> presidiendo tu hermosa geografía
> como ofrenda a María Magdalena"

Es éste un soneto digno de los mayores elogios, por la perfección de su ritmo y por la claridad y la abundancia de información que transmite, un poema en el que Vicente Mojica demuestra todo su amor a las tierras levantinas y a Dios.

María José Arques Cano

Desde la tierra al cielo

Desde la tierra al cielo yo dedico
a Vicente Mojica este soneto
inspirado en su vida con respeto
y en su obra literaria como indico.

Su amor a Dios contemplo y dignifico
al hombre que fue, y ha sido completo.
Practicante, poeta, todo un reto
desde Alicante, en Auca lo publico.

Vaya, pues, tal soneto apresurado
recordando a Vicente venerado
para que todos sepan que ha vivido,

y se eleven mis versos con gran vuelo
hasta el tupido azul que goza el cielo.
¡Que no quede su nombre en el olvido!

Lucia Espín

Nada se pierde, Señor

No muere el día, no. Nada se acaba.
Nada culmina hoy, todo es mañana:
la piedra, el agua, el sol y quien lo alaba,
todo es al fin, Señor. La muerte es vana.

Todo rumor perdido no se gana
sino después de ser voz desgastada,
herida que supura y que no sana,
carencia dadival que otro don daba,

no en tímpano ni en ojo ni en garganta,
no inmarcesible voz, no inmaculada.
Todo rigor se pierde en lo que canta,

todo saber reposa en otra almohada,
lo que hoy no está ya estuvo donde estaba,
nada Vicente es todo, y todo, es nada.

Fco. Javier Fernández

VICENTE MOJICA BENITO. VERANO DEL 60. ALGUNOS RECUERDOS SOBRE MI PADRE

Fotografía familiar de Vicente Mojica en Orito.

A principios de los 60 vivíamos en una planta baja con un patio enorme y una terraza a la que se accedía por unas escaleras de madera. La vivienda, que hacía esquina, tenía entrada propia en Tucumán 13, y al patio se llegaba por una enorme puerta de madera, que se abría por la calle Maestro Marques. Mi infancia es el recuerdo de un jazminero que perfumaba las noches de verano, y un jilguero cantarín, Alfredito, que nos solía despertar aquellas mañanas estivales tan heridas de luz, cuando no era el tecleo de la Olivetti de mi padre, que se dejaba oír desde las seis y media hasta las ocho de la mañana en que nos preparaba el desayuno y nos leía a mi madre y a mí algún poema que acababa de escribir. Solía irse temprano, y volvía a comer pasadas las tres de la tarde. El tintineo de sus llaves nos anunciaba su vuelta a casa, a veces entraba silbando una melodía de Antonio Machín, y yo -que no había cumplido los diez años- notaba el pinchazo de su bigote al besar mi mejilla, su aroma de quirófano de hospital al abrazarme, y era maravillosa la alegría y la paz que nos traía consigo. Todo el universo cabía en su sonrisa.

Teníamos un tocadiscos que le había regalado D. Carlos Van-der Hofstadt, cirujano y entrañable amigo, con quien trabajaba por las mañanas en el Hospital Provincial, y de cinco y media de la tarde hasta pasadas las diez de la noche, en el Perpetuo Socorro. Unos años antes había ayudado a primera hora de la tarde al Dr. Belmonte, prestigioso oftalmólogo, en sus intervenciones del Sanatorio. Y los fines de semana sonaban melodías -con el ruido de fondo áspero y accidentado de los viejos microsurcos -de tangos de Carlos Gardel, de piezas escogidas de ópera y de música clásica en discos pequeños de 16 revoluciones por minuto, donde cabían más de una docena de canciones por cada lado.

Algún domingo, una vez comida la paella de arroz con conejo, que mi madre pacientemente había cocinado toda la mañana, se había reservado un ojo del animal recién muerto, sacaba el material de disección y sobre una gasa estéril nos mostraba

a mi hermano José Luis, que tendría unos seis años, y a mí, que rondaba los diez, cómo se extraía el cristalino seccionando la zona límite entre la córnea y la esclerótica, y nos decía: "¿veis qué fácil? Así se opera una catarata," –y proseguía su disección completa-, tras haber cosido con un hilo finísimo de sutura la primera incisión "mirad, mirad el humor acuoso, el iris, el humor vítreo, y la retina..." Mi hermano José Luis y yo a veces huíamos corriendo, pero otras nos tapábamos los ojos mientras realizaba su disección, mirando a través de nuestros dedos medio enlazados, porque la curiosidad se mezclaba con la aprensión y el respeto que nos daba el acto quirúrgico, precisamente porque se trataba de un ojo del animal que nos habíamos zampado con el arroz hacía un rato.

Muchas noches para dormirnos, nos leía en voz alta durante unos minutos poemas de Federico García Lorca, o de Machado, o trozos de cuentos de Tagore, y una y mil veces Platero y yo, de Juan Ramón Jiménez, que nos sabíamos casi de memoria; después rezábamos con mi madre un padrenuestro, avemaría y gloria seguido de un "buenas noches mamá, hasta mañana si Dios quiere", como formando todo una unidad inseparable, y realmente no sabíamos exactamente dónde comenzaba la poesía y terminaba la oración, o al contrario. Era la hora del sueño y el ritual era el mismo.

A mi hermana María José, de dos años, la cogía en brazos, la acunaba en una mecedora forrada de cretona floreada, que con los sucesivos años fue cambiando de tapiz. La besaba en la frente y le cantaba, y ella quedaba dormida inmediatamente. Pero en algunas ocasiones no se dejaba vencer por el sueño, y entonces ocurría lo contrario, ella se abrazaba a su cabeza y le cubría la calva de besos. Pasados los años mi hermana nunca perdió esa maravillosa costumbre, la de acercarse a mi padre dormitando la siesta sobre la mecedora y decirle mientras besaba sus mejillas y su cabeza "¡ ay mi pequeñín..!" Al ser la niña pequeña tenía esa confianza con él, que yo envidiaba secretamente.

Cuando íbamos al campo de Orito, a la finca "El Pino" de nuestro abuelo materno, hasta el año 62 en que los Reyes Magos nos trajeron un Dophin Renault de color rojo, el medio de desplazamiento fue primero una moto Guzzi y después una Vespa: La Vespa fue un invento donde se maximizaba el espacio y en la que viajamos como se iba en aquella época: el conductor sentado en el sillín delantero, mi madre a veces con mi hermanito en brazos en el asiento de detrás, y yo delante del conductor, de pie y cogido de los manillares, parapetado del viento por un enorme parabrisas de plástico.

Cuando alguno de nosotros se ponía enfermo, mi padre tenía remedio para todo: tenía un botiquín con alcohol y otros antisépticos, potingues, comprimidos, cremas, y ampollas inyectables, que constituía una verdadera farmacia casera, con una solución para cada problema. Lo mismo atendía la cirugía menor y daba unos puntos al familiar o al amigo que venía con una urgencia, que ponía alguna inyección a algún vecino si le pillaba en horario fuera de los quirófanos, o se preocupaba –y atendía- con un cariño enorme a todo el mundo. En el Hospital Provincial de Valencia, muchos años después, estando ya enfermo e ingresado él mismo, se levantaba de su cama para controlar los goteros de los pacientes que compartían la habitación con él. De esto fui testigo personal. No podía evitar ayudar a todo el que estuviera próximo y necesitado.

La hora de las comidas en casa, muchos días, era un fluir intermitente de llamadas telefónicas para pedir consejo, orientación, ayuda, de infinidad de gentes.

No se hizo poeta, nació poeta, y vivió una entrega generosa como profesional de la sanidad sin ponerse límites. No hubo discordancia entre lo que escribía y lo que era. Se puede decir que su obra es un reflejo, ya perenne, de su ser más íntimo.

Vicente Mojica Marhuenda

ORITO, UN LUGAR ENTRAÑABLE

"Cuando voy a mi campo
piso por un sendero
por donde el alma
se me orilla de almendros"

Nuestra compañera Mª Amparo Benito en Orito con su sobrino

Conozco ese lugar del que hablas, Vicente, es al que tú regresabas y al que yo aún regreso cuando, al igual que a ti, el compromiso cotidiano y los días lo permiten. Orito es idóneo para el sosiego, un remanso de dicha donde el olvido no cabe y donde *caminitos de ensueño / serpentean /perdidos a lo lejos.*

¡Caminos tan íntimos!, con sus sendas y sus cuestas que repetidamente cruzaste, eligiéndolos como refugio y descanso. Un paraje dormido en tus pupilas, que quedó soñado y nacido en tus poemas; con días tórridos de sol, anaranjados, pujantes, que maduran perezosamente las uvas, y fríos días de invierno, cobijados junto a la familia al calor de los troncos del hogar. Tus versos están impregnados del aroma de esta tierra, moldeada con los surcos del arado, quebrantada a golpe de azadón, empapada con el sudor de los hombres y mujeres campesinas que recolectan, con terneza, los generosos y acreditados racimos de las uvas de mesa del Valle del Vinalopó.

Un tibio aroma sube por las laderas hasta alcanzar la cueva:

Desde San Pascual,
el campo a la redonda
y al mediodía el mar.

La brisa de las cumbres
briza el pinar.

Hasta esta cumbre, incluso hasta la sierra de las Águilas, llega el eco acompasado de las campanas del Santuario de Nuestra Señora de Orito ¡tan diminuta, tanto como adorada! A nuestros pies se divisan los viñedos de cepas retorcidas, preñadas de pámpanos verdes y apacibles, que reflejan en la pupila un cuidado cuadro equilibrado de matices.

De vez en cuando, la lluvia moja benevolente los campos, acentuando el aroma a tomillo, cantueso y romero que emana de la sierra. Y vuelves a tu origen buscando enternecido el tierno amor de madre:

Para aspirar de nuevo
al tierno olor a madre
a la lluvia requiero

Y designas al árbol sinónimo del padre, y lo evocas, en "*El árbol de mi sombra*", como frondosidad protectora y fecunda. Y encuentras en Josefina Marhuenda, el amor, la inseparable amante, la esposa generosa, de la que dices ser "*luz de permanente amor, sin quien yo no seria".* Fina es el vínculo sagrado, "*un puente hacia la vida",* alianza amorosa para la prolongación de tu sangre: tus hijos "*Testimonio fiel de mi memoria".*

Palabra a palabra tus versos, con exaltación o con serenidad, conforman tu poesía; son tus armas, tus valores establecidos que se traducen en tu particular y profunda espiritualidad, la constante dedicación y compromiso por el trabajo en el que entregaste ternura a manos llenas, la tradición, el entrañable cariño por los tuyos, la pasión por el ambiente familiar.

Orito te dio la dicha de perderte por su entorno, y reposarte para después poetizar tus ilusiones. Aquí alcanzaste tu particular soledad y regocijo, buscando en la huella repetida del insomnio, el dolor ajeno contado a tu manera, porque ningún dolor te resultaba extraño, acostumbrado a estar diariamente al lado del hombre que sufre y se estremece; también con gran firmeza te pronunciaste por la anhelada paz y libertad, denunciando sobrecogido el horror y las miserias causadas por la guerra y la posguerra, trocando el odio y el miedo en la esperanza. El amor, la tradición y el compromiso están impresos en tu vida, en tu poesía; son tus armas con las que luchaste hasta la muerte.

Con una plegaria estrechas el abrazo de la espiritualidad con lo cotidiano, una expresión armónica de serenidad. Y te deshaces en nostalgias tejiendo tus lugares, tu agreste casa permanece junto al pino que arropaba tu sombra y en el umbral

La vieja enredadera
florecida
de verdes y violetas.

Y una paz campesina
con rumor a faena,
de labor en la casa,
trascendiendo en la puerta."

Nos brindas un viaje por la memoria de los años, un escenario que reconocemos los que te leemos y anidamos aquí. Hoy, más si cabe, Vicente, el olor de la tierra sedienta sube por el camino, orillea las lindes y cuartea bancales, dejando su queja en un murmullo conformista y agrietado:

He vuelto allí: la casa sola, el campo
y el rastrillo en la era, abandonado,

Pero el azul del cielo campesino
se salpica de pronto de palomas.
Y suenan las campanas del convento
con su voz matinal, llenando el aire,
mientras, lejanas, se oyen voces, pasos
de hombres, mozos tras las yuntas,
que van a los bancales.

A veces el recuerdo se nos mete muy hondo, se detiene y busca la esencia de los instantes más enigmáticos y saca todo el ayer perdido, con defectos y silencios, con bondades y dudas; destellos que incitan a una imaginación tan sensible como la tuya a evocar las vivencias sobre el papel:

"Mi vieja casa, el campo,
vivos en mi recuerdo,
habitan mi memoria
desde lejanos tiempos.

Ellos en mí, yo en ellos,
poblándome, poblándolos
de sueños."

La casa está vacía, Vicente, añorando, quizás, entrañables Nochebuenas con sus festejos y sus villancicos; la romería de mayo ¡tan reverente! con sus exvotos y subida a la cueva de San Pascual; la feria, ruidosa, excitada, con sus vistosos puestos, sus tómbolas y tiovivos. La campana de la pequeña ermita, repica jubilosa, nos llama, y anuncia buenas nuevas, mientras a la vuelta del convento, casi a la par de tu casa, mana el agua de la bendecida fuente:

Respirar la pureza
nocturna de los campos,
es sentir que Dios puede
rozarse con las manos.

Hilvanando recuerdos me adentro en tu poesía. Tal vez en un trayecto invisible compartimos espacio por aficiones, acariciamos a solas un gesto, una nube, la decepción, la dulce compañía, o el volcán que maneja los deseos, y nos abrimos paso hasta convertirlo en palabra y plasmarlo en el papel:

Dejadme este camino
de perezoso andar,
que lleva y trae del monte
su soledad.

Esta ruta de tus soledades, ausencias y congojas, la noto como mía y también tus júbilos. Todo puede acercarnos cuando se comparte el anhelo por las cosas, por eso, te invito a pasear por este paisaje, que va desde el convento hasta la ermita y viceversa, pasando por tu puerta y por la mía, mientras la tarde se tiñe lentamente del color de las violetas, y un incienso embriagador espabila el alma y fluye y nos acerca a la tierra por la que conduces tu verso sincero, con la sencillez del que aprende a llamar a las cosas por su nombre; es la tierra cercana que te hizo, que nos hace sentir la

necesidad de volver a ella de cuando en cuando, y fortalecernos con su natural y apacible paisaje:

Bajo el arco de sombras
la carretera
sueña a ser río que pasa,
se va y se queda.

Herido está el mediodía otoñal y tú, Vicente, no te resistes a ese suspiro. Las caricias aminoran la angustia, y el reloj contador de las horas de tu fecunda vida se adormece y te lleva hasta la luz final, en la que dulcemente te dejarás vencer:

Dormida está mi casa
de pájaros y sombras,
dormida está y callada.

¿Adónde fuisteis risas,
palabras, voces, besos,
que entre los muros sólo
habita ya el silencio?

Y así, con la lectura de tus versos, al pasear por la misma senda y aspirar el aroma de este pequeño mundo donde tus recuerdos se funden con los míos, he querido hacerte mi homenaje a ti, Vicente, un hombre bueno, un gran poeta.

Mª Amparo Benito Díez

VICENTE MOJICA (RECREACIÓN)

Dedicado a su madre, “por quien tanto aprendí a amar”, apareció, en 1971, el libro *Palabras de mi amor y mi destino*, de Vicente Mojica (Alicante, 1923-1989), cuyo colofón “marca –escribió su autor años después- una fecha ya histórica: 26 de marzo de 1971”. Y añadía: “Con este número uno acababa de nacer una de las colecciones de obras de creación literaria y de investigación más importantes de todos los tiempos, dentro del campo de la cultura alicantina, la de Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante”.

Por entonces, con su ya robusta voz lírica y ancho camino de claridades, Vicente Mojica se alzaba en la esfera de la poesía alicantina con relevante y singularísima personalidad.

Los temas de este libro son los propios e invariables de la creación poética: vida y muerte, hombre y Dios, tierra y amor. Pero la palabra del poeta, aquí, nombra los objetos perdurables no sólo con unción muy personal y derramando el corazón, sino con metafísica y religiosa trascendencia.

Así, la vida, que si de suyo puede ser considerada como un supremo bien, carece de valor trascendente de no fraguarse en entraña de valores e ideales:

Pero vivir no vale, no valdría
la pena sin soñar dulces milagros
como un campo imposible para el surco
de la reja florida del arado.

Del mismo modo, la muerte pierde tragicidad contemplada como raíz de nuestro destino, luz cognoscitiva que nos llega de lo Eterno:

No es jactancia de loca valentía,
pero sin miedo estoy; me besa un aire
furtivo el corazón que pone músicas
por todos los caminos de mi sangre
y hay banderas en todas mis esquinas
esta tarde.

Bien se comprende que tales acepciones de nuestros vivir y morir se fundamentan en la más universal del amor, del amor a todos, de la ternura como esencia y sentido de la Humanidad:

Pequeño cristo, nuevo
cristo de amor, me nace la palabra,
la siembro, fructifique
o no en los corazones, mi esperanza
la pongo como un pan sobre la mesa
y convoco al yantar a mis hermanos.

En su virtud, los conceptos amor y paz se identifican

- donde pongo la paz, pongo los nombres
más dulcemente amigos de mis labios

y, por ello, el dolor, aun aumentando el amor, provoca fuertes rebeldías, simbolizadas, todas, en el genocidio de Hiroshima.

El amor, humanizándose, se concreta en la tierra nativa, en la esposa, en la madre, en el hijo y, sobre todo, en Dios, alfa y omega de la poesía de Vicente Mojica, que se nos impone cual itinerario o, mejor, búsqueda de lo divino.

El poeta es el cazador de sus huellas en la tierra, en el hombre,

> *-¿no son los niños nuevos cristos?-*, en la madre
> *veníais a ser casi la misma cosa-,*

en el hijo hasta convencerse de que Dios está en todo, no panteísticamente, sino hilozoísticamente:

> *En cada espiga, Dios, y en cada rosa,*
> *y en la canción pequeña de la fuente,*
> *y en el romero en flor, en cada frente,*
> *en cada corazón y en cada cosa.*

Vicente Ramos

Con las "Palabras de tu amor y tu destino"

Surges, poeta, por un amanecer,
seduciendo
con "*Palabras de tu amor y tu destino"*.

Responden los silencios,
y las dudas levantan sus nubes macilentas,
porque con todo su derecho,
a pesar del espanto,
"*La paz nos esperaba"*
sobre la piel doliente
de un pueblo
exento
de vencedores o vencidos.

Los días empujan a las sombras
con luces diferentes, que acrisolan
consolando la"*Geografía del llanto*",
con la mirada puesta en las cumbres más altas.

Es la hora de abrir la puerta a la concordia.
Que los poetas expresen su más hondo sentir
porque "*Detrás de las palabras",*
indulgente y seguro,
hay un poema compartido por cantar,
un "*Cancionero desde la tierra a Dios*",
un eco seductor de libertad.

Meciendo semilleros,
han llegado las dulces primaveras,
regreso alentador
al "*Árbol de tu sombra*" y de la nuestra,
enramada de brisa y resonancia,
Ilusión protectora,
que con sólo avistar los deseos,
éstos se graben en sus hojas.

Y "*Al pie de la esperanza",*
que un día nos borró del
"*Libro de las tribulaciones",*
fundiremos zozobras,
y para hacernos más libres
extenderemos las alas.
Tal vez soy demasiado confiada
al apostar cada mañana por el hombre,
y contemplarlo frente a frente
ante ese "*Espejo de la consumación*"
con el que cada ser nacemos.
Para calmar nostalgias
me adentro por el mar azul,
por el cielo y sus ternuras infinitas,
por los campos floridos,
que sueñan
con la pureza del ser.

Y río con la certeza
de que contigo canto
"Nuevas canciones y otros poemas".
Al tiempo las campanas repican.

Mª Amparo Benito Díez

MOJICA, DESDE LA TIERRA A DIOS

Ermita de San Pascual Bailón, acuarela de Mati Bautista

De forma categórica se puede afirmar que en toda la obra de Vicente Mojica, Dios está presente a través de las enternecedoras palabras del poeta, que en cada verso muestra la gran admiración y el profundo amor que le profesa.

Si bien es cierto que la obra de todo escritor lleva intrínsecos algunos aspectos espirituales de su mundo interior, al hablar de Mojica esta particularidad se eleva a la máxima potencia, y es curioso observar el modo en que su poesía es capaz de conducir al lector a lugares propios y muy íntimos que nunca se había atrevido a explorar. De igual modo, sorprende la ternura y la sencillez con la que consigue este logro.

Cancionero desde la tierra a Dios es una obra en la que el poeta alicantino ahonda en su amor a Dios y a la vida, manifestando este sentimiento de un modo extremadamente natural y espontáneo, como quien entrega un don divino repleto de belleza. El autor divide el libro en cuatro partes tituladas: *De la tierra, Del mar, De mi dolor* y *De Dios.* Estas divisiones son principiadas por el poema *Justificación.*

En el prólogo, el poeta y amigo de Mojica, José Albi, se adentra en la personalidad del autor más que en la obra en sí, algo muy comprensible tratándose de un libro en el que el escritor se ha entregado de tal forma a la magia del verso, que las páginas se convierten en una prolongación de sí mismo. Así, Albi lo denomina “libro de un poeta de verdad”, declarando:

> “De un hombre que siente la poesía no como un modo mental u ornamental de manifestarse, sino como una forma más de vida; quizá la más honda y real, la más arriesgada, aquella en que ponemos lo más noble de nosotros mismos”

El poema *Justificación* resume el tierno corazón de Mojica, su dulcificada esencia interior. Son unos versos de palabras sencillas, de lindos vocablos que, además de invitar a amar la vida con pasión y agradecimiento, reflejan su contacto directo con los pacientes en la labor que desempeñaba como enfermero:

> “Yo sólo sé que hay dentro de mí un nido
> cantándome canciones de ternura,
> un aliento de Dios inmerecido
> que me inunda la vida de hermosura”
>
> “Quiero seguir soñando paso a paso
> a través de la vida,
> aunque toquen mis manos el fracaso
> del dolor y la herida”

En *De la tierra* recopila treinta y seis poemas en los que ensalza a la naturaleza y a la figura materna y sobre todo se recrea en la suave nostalgia que le producen los recuerdos de tiempos pasados.

"Mi vieja casa, el campo,
vivos en mi recuerdo,
habitan mi memoria
desde lejanos tiempos"

En el poema XV alude a las maravillas de la creación, acercándose a Dios a través de la contemplación de su obra durante la noche. Al leer estos versos, es fácil imaginar a Vicente paseando feliz y conmovido por la inquietante belleza del cielo estrellado:

"La noche campesina,
¡qué sublime silencio
de quietud infinita!

Sacude a las estrellas
un fuego estremecido:
es como si estuviera
todo recién nacido.

Respirar la pureza
nocturna de los campos
es sentir que Dios puede
rozarse con las manos"

El poema XXXV es un hermosísimo canto a la paz, sublime por la dulzura con la que el poeta aborda este problema mundial que todavía permanece sin resolver. En estos versos hace un ruego celestial en una bella plegaria, que destaca por su absoluta sinceridad y cercanía al dirigirse a Cristo.

"Un tierno abrazo roto
entre sangres hermanas,
en un mar de banderas
con una ausente, blanca.

Dijo Cristo:"Mi paz
os dejo"... Y era el alba,
el limpio amanecer
de una nueva mañana

Ay, Cristo, otra vez Tú,
vuelve a la tierra, apaga
estas hogueras de odios
con tus divinas Plantas"

Del mar consta de cinco poemas que dibujan escenas marinas. Son estampas cotidianas que recuerdan la vida en Alicante, en el mar alicantino, con sus personajes típicos, como los salineros. El último de estos poemas está dedicado al pintor Antogonza.

"Vuestras redes de oro
¿las guarda el pescador?
¡Quién fuera marinero
de esos sueños de amor!"

Entrañable y desgarrado es el lamento de Mojica hacia su madre, en el que podemos sentir la amarga pena por su fallecimiento. *Llanto por mi madre* es el único poema que conforma *De mi dolor*, donde el poeta se entrega al verso con toda su afligida inocencia. Con unas estrofas de cuatro versos, siendo los tres primeros endecasílabos, y el cuarto, heptasílabo y con rima en asonante, Vicente nos recuerda a Gustavo Adolfo Bécquer y consigue envolvernos en su tristeza y emocionarnos hasta el límite de nuestros sentimientos en fragmentos como éste, que cierra el poema:

"Y estoy llorando, madre, como el niño
de tu vientre frutal que hubo en tus brazos;
ruedo por los barrancos de mi pena
hundiéndome en el llanto"

El poemario termina con la parte titulada *De Dios*, que incluye cuatro villancicos y tres poemas en los que Mojica combina lo divino y lo humano con desenvoltura y rotundidad, propiciando el acercamiento empíreo. En *Cancioncilla para antes del Nacimiento* expresa:

"Cuando Dios se haga Niño
¡puro milagro!
Dios, ¡tan inmenso!
cabrá en mis manos."

Merece destacar el poema *Canción Navideña Alicantina,* donde el poeta hace un llamamiento a José y María para que el Niño nazca en Alicante. Resulta curioso observar en estos versos la unión de un tema tan trascendental, espiritualmente hablando, con algo tan cotidiano como el tomillo y el romero, que pueblan la sierra de Aitana.

"Aitana sigue azul
sin la capa de armiño;
venid, José y María,
que nos nazca aquí el Niño."

Cancionero desde la tierra a Dios concluye con dos estrofas que resumen el carácter bondadoso y pletórico de amor de Vicente Mojica, un hombre capaz de tratar un tema tan delicado como es Dios, con un sorprendente respeto, cariño y naturalidad.

"¿Qué esperarán los hombres, que no olvidan
para siempre sus odios? ¡Si ha nacido
el Redentor del mundo, humildemente,
para ser puro ejemplo de amor vivo!

Es Nochebuena y de canciones viene
un tierno aire de amor por los caminos.
Por los caminos de Belén, soñando,
vengo esta noche, Amor, a estar Contigo."

María José Arques Cano

VERÁS, VICENTE (Carta a un poeta que está en el Cielo)

Remitente: Mercedes, mujer/Hija de Dios
Domicilio: desde la superficie de la Tierra

Destinatario: Vicente, hombre/Hijo de Dios
Domicilio: el Cielo, plantas quinta o sexta

PREFACIO

-Llamada para el Arcángel San Gabriel. Anunciador. Segundo piso, área de trasiegos, idas y venidas.

-Mayday, mayday, ¿estás ahí, Gabriel? Responde, Gabriel, cambio y corto.

-¡Cuánto tiempo sin saber de ti! y ahora me apabullas con mayday-mayday. Es una llamada de socorro; mira que te he dicho veces que no la emplees que se me alborota el personal… carreras, tropezones.

-Envío carta… mensaje… para Vicente Mojica en planta quinta o sexta... (las comunicaciones con hall de entrada son fatales hoy; tengo algún cable espiritual pelado y la neuroma transmisora en trance ¡qué desastre!). ¡Ponte las alas superjet y dale el anuncio!... Gracias… y te debo una. Cambio y corto.

Mi buen Vicente: Verás… no te conocía; pero me junto con gente a la que le gusta la poesía (decir cosas del alma de una manera bonita y conmovedora como bien sabes; bueno, a veces dicen cosas muy salvajes o locas, pero con pasión y fuerza expresiva, por lo que se les perdona). Y bien… se decide un día en asamblea democrática dedicar un taller monográfico a tu persona y tu obra poética; así me enteré de que eras poeta y de que ya te habías ido de este planeta que habitamos en el que todavía quedan esperanzas (no está muy claro qué esperanzas sean, pero estamos en ello; ya se andará). Cada quien, guiado el plumífero grupo por nuestro ánsar nival (pecho níveo él) que es profesor, leerá tu obra, indagará en tu vida (pública y privada) con el debido decoro y la colaboración de tus deudos y amigos; luego se harán trabajos de crítica literaria, ensayos, artículos, incluso poemas. Pero yo no. Yo al ensayo no entro y de artículos, nones y perones, ¡qué quieres que te diga! No valgo, no disfruto, me aburro, y claro está, me sale un churro; de modo que para no hacer un bodrio… Lo que me gusta es que me cuenten historias las abuelas, los ancianos de la tribu o cualquiera que se tome una copita, meterlas en mi corazón, y luego… algo sale del caletre. Así que, incapaz de hacer bien lo que tendría que hacer, he decidido escribirte una carta con un petit touche literario, hasta con prefacio y epílogo, porque me importa tu vida y me importas tú, hijo de Dios, poeta. ¡Qué lo sepas!

¿De qué me serviría a mí tener un poeta en los cielos y el pase-bono de acceso, después de haber hecho la pelota a los arcángeles? Pues me sirve para estar a la última en asuntos celestiales. ¡Soy un pedazo de cotilla!, pero se me disculpa allí arriba porque no hay morbo, entiendes, sino anhelo espiritual y un amor muy grande a la especie humana. Así que igual te lanzo una andanada de preguntas, bang, bang, directas al corazón (o al intelecto, elige tú donde las ubicas), porque he notado (pensando y sintiendo) que le tienes mucho amor al Padre (the boss, el jefe) y un amor inmenso al Hijo (Jesucristo, nuestro brother), y ese es muy buen rollito para un alma

humana, porque ahí andamos todos (multirraciales y políglotas) dándole distintos nombres y formas a Eso (me explico, lo Inefable), pero con las mismas ansias, con idénticos anhelos de entender qué gaitas hacemos en esta bola insignificante (si la comparamos con Saturno o Júpiter y otras bolas gordas). Los científicos, e incluso los filósofos, nos constatan con su concienzuda investigación que ESTAMOS AQUÍ (pongo mayúsculas porque el dato es très important) pero ¿saben algo de por qué y para qué? Ni papa, créeme, ni pajolera idea, mutis.

¿Qué se sabe por ahí, en quinta y en sexta planta? ¿El porqué es el Amor?, y el paraqué ¿es acaso el Amor, esa indómita y arrolladora fuerza? Perdona, pero desde estas ínferas estancias humanas sólo llego hasta ese nivel; si estás más allá, por favor, por amor de Él, baja unos pisitos ahora que la edad o el deterioro no te estorban y me dices lo que sepas... o mejor… ¿puedes poner tus pensamientos en mi corazón para que pueda sentirlos?; así, sin más, de corazón a corazón como hacen los que tienen sabiduría; se te agradecerá inmensamente el privilegio poco común de que un poeta ponga versos en el alma de otro poeta (esos magníficos poemas tuyos que rezuman amor humano y amor divino).

¿Son el porqué y el paraqué el auténtico destino humano?, ¿son el plan de Dios? Ya sé; ya sé que te estoy formulando preguntitas de órdago…. pero no son inquietudes meramente mías, sino eternas preguntas de las criaturas. ¡Qué ser humano, qué ballena y qué mariposa no se lo han preguntado alguna vez!

Dejo aquí momentáneamente la misiva. Dentro de unos días iré al encuentro de tu hija María José; el 7 de Julio hemos quedado para comer juntas. Cambio y corto, de c o r a z ó n a c o r a z ó n .

---

7 de Julio, San Fermín; buen día alegre para volver a los teclados. Resígnate Vicente a estas modernidades del ordenador, a los avatares del espacio virtual, donde los bits navegan misteriosamente por el cosmos infinito y arriban enteros, incorruptos y perfectos al lugar virtual donde se halla tu conciencia. Sólo de pensarlo me da un nosequé y un queseyó que ni te cuento. Es la primera vez que me viene a la cabeza una idea tan peregrina... ¿no será virtualmente inspiración tuya?

Bendigo mi buena intuición; el haberme dejado llevar por el deseo de hablar con tu hija para conocerte mejor, para saber más de ti, del hombre que eres, más allá de las cosas que tan bellamente dejaste escritas. Y he visto unos ojos claros en los que se transparentaba tu presencia, en los que danzaba la alegría de tu recuerdo y el dolor de tu pérdida. Me habla con gran ternura (¡te ama muchísimo y apenas contiene las lágrimas!) de tu buen humor, de las tertulias con los amigos poetas en el campo a la sombra de los árboles, mientras ella, chiquilla y luego adolescente, jugaba en las cercanías de aquella congregación de brujos literatos.

Apenas le pregunto acerca del poeta que fuiste (ahí está la obra sólidamente encuadernada); otros harán la exégesis profundizando en los temas, los estilos, los ritmos, los significados. Otros más aptos para tales menesteres, hablarán de los tiempos que te tocó vivir, del momento histórico, de los sucesos y los eventos que se desarrollaron alrededor de ti. Yo le pregunto acerca de Vicente-padre, Vicente-esposo, Vicente-hogar.

Me habla de los besos que te daba en la calva (tu hijo, cuando mozuelo, no se atrevía a aquel relajo; acaso fuera tímido), y se le viene a los labios la memoria de tu silbo cuando llegabas a casa. Era tu silbo –dice- como el trino del pájaro que vuelve a su nido trayendo prendido en el pico el quehacer y el pan de cada día. Era tu silbo infatigable, un canto de familia que dejaba su corazón en la perfecta confianza del amparo. Era tu silbo un refugio, un bálsamo, la espoleta de la alegría.

Y me habla de tus manos, de los delgados aunque recios dedos; de la pulcritud de esas manos y del olor de hospitalidad que desprendían. Hospitalidad en todos sus

sentidos vocabularios: de hospital, de cura y cuidados. Adora en su corazón y en su recuerdo el aroma a desinfectante de tus manos que hollaron tanta víscera y tanta herida; hospitalarias manos que a tantos auxiliaron y a tantos estrecharon. Y yo, conmovida al constatar el agua que invadía sus ojos, claros aún como de niña, le he prometido hacer un poema para tus manos finas y recias, firmes y exquisitas que han palpado el fino velo de un gemido, el lerdo abismo del dolor humano y a la vez, aladas y precisas, han sostenido la liviandad del cálamo del poeta.

Hasta muy entrada la noche -me dice- escribías robándole al sueño los minutos, los huecos, los vacíos. Tú, niño de humilde cuna (acaso hubieras podido dedicar el tiempo a otros quehaceres, mas la vida te puso allí, en ese camino), le diste al cálamo las venas de tus noches, el azogue nocturnal del sentimiento, el fecundo vergel de las ideas. Te fueron las noches propicias, sustantivo el esfuerzo, y fue rico el patrimonio de tus cantos.

De día, fueron para ti (tan ardua y larga tarea) los rigores de la enfermedad, las espinas del dolor, (puedo verte suturando, clavando agujas, sondando uretras, intubando gargantas) con las breves alegrías de la cura y los milagros del amor. En la vasta noche, fulgor de musas y oración nimbaron tu frente (te veo orando y haciendo las preguntas eternas). Y todo ha resultado, Vicente, una cosecha de amor inigualable (lo confirman aquellos que te amaron), entre humana carne que agradece tus cuidados y divinas almas que agradecen tus poemas.

EPÍLOGO

¡Qué sabía yo de todo esto antes de reunirme con tu hija! Migajas, retazos de la época que nos tocó vivir (mientras tú trabajabas, reías o llorabas, yo estaba a miles de kilómetros en otro continente). Pero he intuido, a través de tus poemas, una visión del mundo y de la vida. Así que ya no te formulo más preguntas (serían tal vez vanas preguntas acerca de enigmas todavía insondables), porque de tu existencia, de la clara mirada de la hija que te ama, de tus obras, de tus frutos de dolor y de alegría, de cada verso y cada poema, obtengo respuestas suficientes; respuestas de lo que lleva en su corazón un hombre, un poeta.

Contéstame, Hijo de Dios, si quieres (un acto más de amor generoso) al corazón de la Tierra, para que me lo traiga el Arcángel San Gabriel (anunciador, segundo piso del Cielo, área de trasiegos, idas y venidas) y su cohorte, o me lo traigan las musas en la serenidad de la noche, que también yo soy nictálope y nocherniega, dedico las mañanas a mis hermanos (la gente que ama, sufre y ríe) y las noches paganas al numen de la poesía.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Palabras e imágenes en honor de Vicente Mojica y cinco de sus poemas

HOMENAJE A VICENTE MOJICA

Vicente Mojica, orgullo de la poesía alicantina, expresó a su manera el verso, su amor por Alicante y sus preocupaciones en torno a temas perennes, como el amor y la muerte.

Alicante, la ciudad que le vio nacer, le sirvió como inspiración en numerosas ocasiones. Cuenta con poemas dedicados a lugares cotidianos de su vida, como el barrio de San Blas y otros inspirados en lugares emblemáticos de la ciudad, como el monte Benacantil.

Mojica fue un apasionado en su trabajo sanitario y en su amor por la literatura. Su dedicación se vio recompensada con los numerosos premios que le otorgaron y con el nutrido grupo de poemarios que publicó.

Fue un hombre de profundas convicciones religiosas y poeta hasta su muerte. Las últimas palabras que pronunció, y que han llegado hasta nosotros a través de su hijo Vicente, fueron: “Sabiendo quien me espera, acudiré gozoso a su llamada”.

El recuerdo y los poemas de Mojica siguen vivos en nuestros corazones de alicantinos.

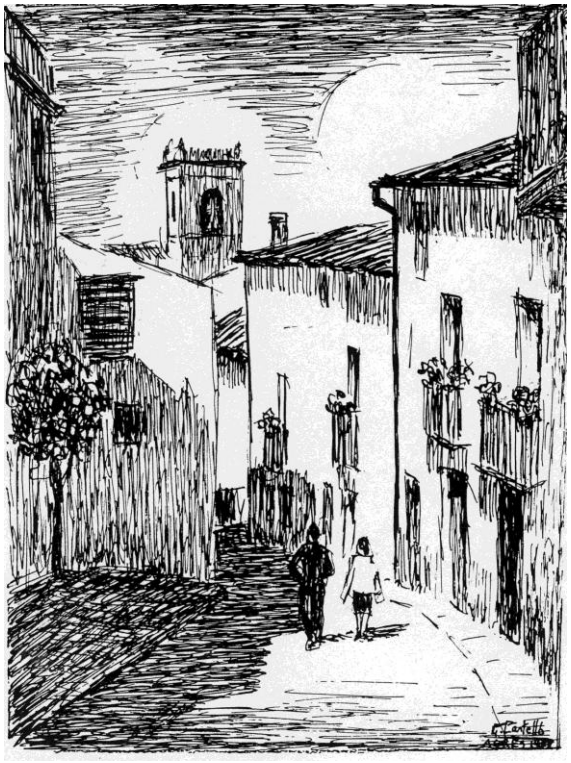
Miguel Valor Peidró
Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Alicante

Retrato de Vicente Mojica, por José Vila

CINCO POEMAS DE VICENTE MOJICA

Canto a la provincia de Alicante

A la memoria de Gabriel Miró, del Maestro, que la cantó tan amorosamente y nos enseñó a amarla



Una vista de Agres, por Gastón Castelló

Pienso en Gabriel sintió amorosamente
el paisaje y el campo alicantino
y ascendió la ternura hasta su frente
y hasta su voz de todos los caminos.

Verbo ardido en la luz que tanto quiso
se sublimó de brisas y de aromas,
y nos fue descubriendo un paraíso
con cielo angelizado de palomas.

Todo tuvo su amor: el limpio cielo,
el ruboroso almendro florecido,
y el pueblo anclado en la colina, el vuelo
en blancuras de cal estremecido.

Y el pájaro y el mar y la masía
junto a la cumbre de la arisca sierra,
y el azul de una vaga lejanía
con el humo que asciende de la tierra.

Todo fue amor y corazón al viento
derramándose en mágica ternura,
en cada cosa que rozó su aliento
supo hallarle en el fondo la hermosura.

¡Cómo la siembra de su voz amante,
con nombres de una dulce lejanía,
abejeando con labor constante
nos dejó una amorosa geografía!

Gabriel, dentro de mí, el amor dos veces,
crece cada vez más por mi Alicante,
un redoble de amor que tú con creces
me estás alimentando a cada instante.

Voy a peregrinar siguiendo estrellas,
polvo de luz que indica mi camino,
voy a ir dejando besos en tus huellas
con mi humilde pasar de peregrino.

Desde mis dulces tierras marineras.
Denia histórica y bella, Javea hermosa,
Calpe y su Ifach voceando primaveras
y el palomar de Altea primorosa.

Benidorm, mar y luz, tierra gloriosa
convertida en milagro sorprendente,
joya del litoral, Villajoyosa
de honrada, noble y laboriosa gente.

Y entre sus dos castillos, centinela
celoso ante su mar acariciante,
oteando horizontes se desvela
el altar de mi amor que es Alicante.

Santa Pola soleada y marinera,
Guardamar perfumada de pinares
y Torrevieja, blanca y salinera,
deslumbrante de sal y de cantares.

Señorial Orihuela, a tus blasones
añade un ruiseñor de triste historia
a la voz de Miguel que a borbotones
suena inmortal para prestarle gloria.

Almoradí, Rojales y Dolores,
Callosa, campos que el Segura riega,
vosotros levantáis trabajadores

el tesoro huertano de la Vega.

Crevillente industrial, pueblo artesano,
noble cuna de artistas y cantores,
y Elche inmortal de mi Alicante hermano,
con quien comparto el pan de mis amores.

Monóvar entrañable, el de los vinos
de la amistad que arraiga verdadera
que con Novelda en mármoles divinos
tienen de España la mejor cantera.

Elda y Sax industriosas y Villena
con hermoso castillo coronada,
cuyo campo frutal de gracias llena
a su horizonte hasta Biar y su pinada.

Castilla, Ibi y Onil, ¡qué fantasía
más soñadora en su quehacer febriles!
¡dulces fabricadores de poesía
para gozosos mundos infantiles!

Jijona de riquísimos turrones,
Alcoy, el de la agreste serranía,
hundido entre barrancos y aluviones
y alzando poderoso su alegría.

Y por la Aitana azul que tanto quiero
Callosa de Ensarría y su señorío
Confrides, Guadalest– por quien me muero
de tanto amor, como si fuera mío-.

La Nucia, Polop– lugar hallado
frente a la esfinge del león dormido-
ya cuanto pise con mis pies sagrado
de nombrarlo tu verbo encandecido.

Y Taberna y Parcent y el Marquesado
hacia el Mediterráneo luminoso,
igual que un huerto celestial y alado
frente a la mar, abriéndose glorioso.

Ya es tu verbo, Gabriel, di quedamente
que el campo y el paisaje alicantinos
fueron un puro altar para tu frente
y están latiendo aún por los caminos.

Que a mí, mi humilde voz a cada instante
me repite la hermosa letanía
que nombrando los pueblos de Alicante
canta las glorias de la tierra mía.

Si digo madre

Si digo madre y sé que donde apoyo
mi voz es como un agua entre una mano,
si digo corazón, digo hermano
y edifico mi amor sobre un arroyo.

Si vivo y me derrumbo sobre un hoyo
vencido fatalmente de antemano,
si ha de ser todo efímero y en vano
cuido esta carne-tierra en que me enjoyo.

Si han de ser barro en forma decisiva
los ojos donde mi alma se recrea
y estos labios que besan cuanto es mío,

gracias, Señor, por darme esta fe viva
de esperar, como espero, que no sea
la muerte como un salto en el vacío.

El Cristo roto

¡De qué amorosas manos te has valido
para forjar la imagen que ahora habitas,
que estando en ella muerto resucitas
sublimizando el hierro trascendido!

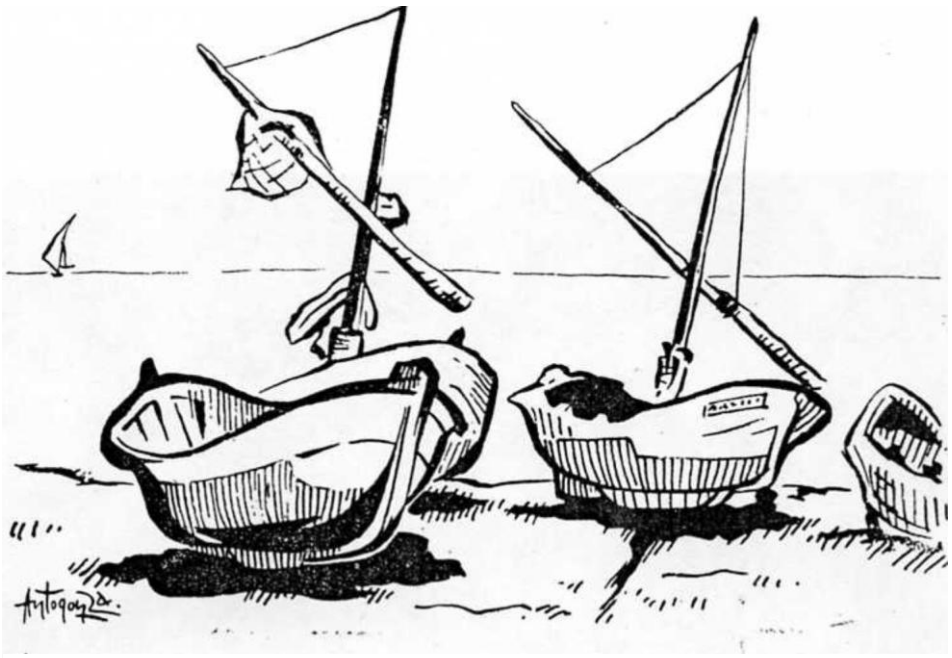
¡Yo sé que estás aquí! Lo he percibido
por tu infinito amor al que me invitas.
Señor, ¡qué poco espacio necesitas,
entronizado en la oquedad de un nido!

Una oquedad de nido es tu costado,
un palomar de arrullos tu cintura
y una colmena de perdón tu frente.

Deja que te acompañe arrodillado,
que escuche tu mensaje de ternura
mientras te rezo y lloro mansamente.

Canción marinera

Dedicatoria: A mi buen amigo Antogonza, que pinta con el alma. Antonio: gracias a ti, que pusiste en tus barcas esa poesía cuyo mensaje capté para mis sueños.



Dibujo de Antogonza

Barquillas que soñáis
junto a la orilla,
triunfales singladuras
cada día,
varadas en la arena
como dulces vigías.
(Vuestras redes de oro
¿las guarda el pescador?)
¡Quién fuera marinero
de esos sueños de amor!
Oh, leves barquichuelas
que soñáis noche y día,
quiero estar con vosotras
junto a la orilla,
y si al mar regresáis
quiero ir al mar,
a vivir con vosotras
sueños de sal.
en mis manos de brisas
prender soles y lunas
y estrellas vivas.

A mi entrañable Monforte del Cid *(1)*

Aunque no he nacido aquí,
no quiero que nadie crea
que soy uno más que pasa
por tu camino y se aleja,
que en ti he echado mis raíces
y he cosechado mis siembras.

No se elige el nacimiento,
sino el lugar de la entrega.

De tanto amarte, Monforte,
brotes de mi sangre llenan
sus canales con tu savia,
que son su mejor herencia.

Algo mío hay en tus horas,
algo tuyo hay en mis venas;
soy árbol nupcial que enciende
sus ramas con tus estrellas.

Tibiezas en mi derramas
de nido y de madre buena,
en cuyo regazo caben
y juntan risas y penas.

He rezado en tus altares,
me regocijo en tus fiestas,
me hermano con quienes te aman
y mi amor siembro en tu tierra.

De tanto alhajarte tengo
mi corazón preso en ella.

Por eso, Monforte, digo
que llevo el alma repleta
de esa luz, fuego entrañable,
que ilumina a los poetas,
que cuando a su tierra cantan
dicen las cosas más bellas.

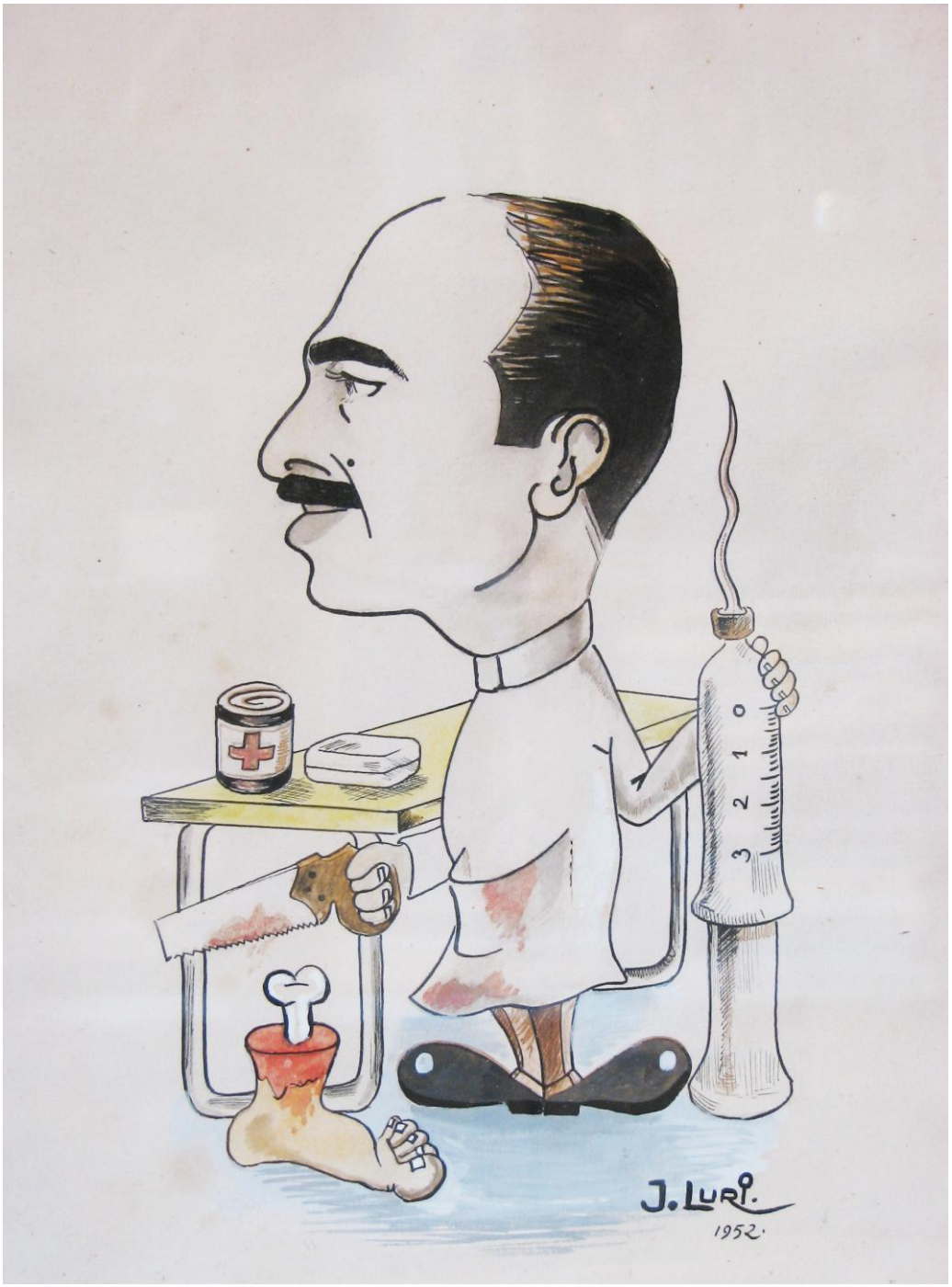
Que nadie se admire, pues,
de que yo tanto te quiera,
de que te sienta algo mío
de que algo tuyo me sienta.

De lo mucho que te debo
—mi esposa amante en la deuda—
aunque a saldarla no alcance
con versos te pago a cuenta.

Porque me sabes a madre
que me acaricia y me besa,
con tanto amor he encendido
mis ramas con tus estrellas.

Panorámica de Monforte del Cid

(1) El poema está fechado el 29 de septiembre de 1989, ocho días antes del fallecimiento del poeta, que tuvo lugar el 7 de octubre, por lo que se considera su último poema



Caricatura de Vicente Mojica, por J. Luri, fechada en 1952

Dibujo de Antogonza representando una escena del pregón de la Fiesta de Moros y Cristianos

ASÍ HABLÓ VICENTE MOJICA DE Sí MISMO Y DE SU POESÍA

“Está claro que la poesía es un don consustancial con la vida de cada poeta. O se nace con él o no se adquirirá nunca. Lo que haremos más tarde, en todo caso, será cultivarlo y desarrollarlo. Después, ya para siempre, el poeta será el medio, el instrumento que convierta en músicas ese impulso creador que recibe misteriosamente.

Para mí, la poesía es una constante permanencia en vigilia, casi una imposición biológica, que me condiciona en cuanto a forma de sentir, de vivir inclusive, y de cuya amable opresión me libero solamente con la creación del poema. Para los coleccionistas de definiciones, resumiría que es una forma de sentir, de vivir y de expresar, con la belleza del lenguaje, aquello que nos conmueve.

¿Fue acaso la primera experiencia vital trascendente de nuestra guerra, con su amargo dolor, la que condicionó al niño poeta que fui entonces, para que deseara y amara la paz desesperadamente y para siempre? ¿Había sido la semilla breve, pero fecunda, recibida anteriormente en un colegio religioso, aquel que me hiciera concebir que en la doctrina de Cristo están las llaves del bien de la Humanidad? ¿Han influido decisivamente en mi obra mis raíces humildes y entrañables, los medios escasos, la necesidad de los míos, para que amara y me sintiera siempre al lado de los más necesitados? Todo esto y el convivir diariamente con los seres que sufren me ha conformado sociológica y poéticamente.

El amor será, pues, una constante, un eje insobornable de mi quehacer poético. Amor a Dios, amor a las criaturas y amor a la tierra, a esta tierra que me ha visto nacer, a nuestro paisaje. En estas tres motivaciones principales se polariza mi línea poética. Y está trazada con un lenguaje claro, elemental, conscientemente elemental y puro. Por eso, cuando tuve que cantar los poemas de nuestra guerra, con voz herida de tanto dolor vivido, invoqué a Dios pidiendo: “Dame la claridad, borra lo oscuro,/hazme el lenguaje sin sonidos vanos;/ que nazca entre mis labios siempre puro/ para poder hablar con mis hermanos”. La verdad desnuda, tal cual es, pero sin estridencias ni tremendismos.

Entre todos mis maestros, me quedo con Don Antonio Machado. Siguiendo su altísimo ejemplo renuncio a la retórica. En vez de palabras, obras. En vez de ancho y anfractuoso cauce, apretado y rico caudal de sentimientos. En vez de ampulosidad verbal y de cerebralismos oscuros, una voz delgada y sencilla, pero segura, llamando al pan, pan y dolor al dolor de cada día.

Así soy, y Dios quiera que no deje de ser mientras viva.

Y así deseo que perviva mi poesía, si ha de sobrevivirme.

Como un canto de amor y de esperanza, dicho esto con la voz humilde de un hombre nacido en las entrañas del pueblo.”

OPINIONES E INTERPRETACIONES SOBRE LA PERSONALIDAD Y LA POESÍA DE VICENTE MOJICA

Manuel Molina:

Opiniones generales sobre su poesía

"El poeta va directo a los temas próximos que emocionan su corazón de hombre sensible que conoce el dolor diario de la humanidad que pasa por su vida. Y el dolor y el amor, los dos sentimientos que más profundamente calan en la existencia del hombre, tienen en Vicente Mojica, una expansión conmovedora".

"Esta pureza expresiva, este candor adolescente que Mojica ha reflejado tan claramente en sus versos, es la emoción, el pálpito que queda cuando la música de la palabra ha cesado."

Opiniones sobre algunos de sus poemarios

Llamada al corazón: "Libro breve e impulsivo, salvándose con la fe, el amor y el supremo don de la belleza".

Geografía del llanto: "Muestra de sentimiento terrenal, de pasión a la patria, al sol y a la lluvia de la tierra natal, a su dolor, y a su gozo, con la mirada puesta en lo que fue, en lo que ha sido y pueda ser en un mañana venturoso".

La paz nos esperaba: "voz íntima de niño asombrado que se hace presente en el poeta, Vicente Mojica, la huella de los hechos –levemente esbozados- patentizan el dolor de un vértigo de la fatalidad".

Cancionero desde la tierra a Dios: "No hay, sin embargo, oración mística en el Cancionero de Mojica ni materia divinizada en esta obra lírica que participa -en sí– de un sentimiento de amor universal. Es desnuda y bella como una criatura inocente. Pureza expresiva y candor adolescente."

Palabras de mi amor y mi destino. El camino de su palabra es el de su propia sangre. Manteniendo siempre el equilibrio entre el fondo y la forma."

Vicente Ramos:

"Sobre este tiempo de llanto, nuestro poeta edifica el alto verso de amor, porque la vida es la suprema realidad y el bien ha de triunfar en la tierra."

"Robusta la voz, sonando en este camino de claridades, el nombre de Vicente Mojica se alza en el mundo de la poesía alicantina con relevante y muy singular personalidad."

"Mojica empezó a derramar su alma en poesía, porque era inevitable, porque no le fue dado otro medio más idóneo para edificar su personalidad."

"La poesía de Mojica brota con natural fluidez del amor y anhela su descanso en el amor. Poesía amorosa, sí, pero con radicalidad, quiero decir que, aquí, amor es fuerza creadora tanto de la palabra poética como del estado moral que perfecciona al hombre".

"Católico de muy honda raigambre está convencido, reflexiva, sentimental y poéticamente, rechazando cualquier tipo de materialismo, que el morir no entraña ni la cesación absoluta del ser ni una absurda pirueta trágica sobre la nada, por lo que los labios y el corazón de nuestro poeta se incendian místicamente en alabanzas al Creador y al Redentor."

"Instalado en la vida perpetua, en la fe de Cristo, Vicente Mojica se dirige a la muerte admitiéndola o queriéndola con consciente adhesión."

"Para Mojica, el Ser Absoluto es la Seguridad Moral, la causa de las causas, el fin de todas las angustias, la ausencia de todo temor y temblor. Dios es la verdad."

José Albí:

"Siente la poesía no como un modo mental u ornamental de manifestarse sino como una forma más de vida, quizá la más honda y real, la más arriesgada, aquella en que ponemos lo más noble de nosotros mismos."

José Llopis Díez:

"Él ha sabido conjugar la profesión de Practicante con las aficiones literarias, prestigiando a ambas. Por eso cuando en la noche del Carlton se proclamó a nuestro compañero "el mejor del año 1969", sentimos con él el orgullo y la satisfacción, porque algo nuestro se exaltaba hasta merecer tan singular recompensa."

Juan de Dios Aguilar:

"Porque nunca se manifiesta en la poesía de Vicente Mojica como una fontana versallesca, tan lejos de su psicología y su estilo, sino que se muestra como un escondido manantial cuyas aguas discurren en mansas corrientes, nítida, fresca y siempre clara."

R.E.:

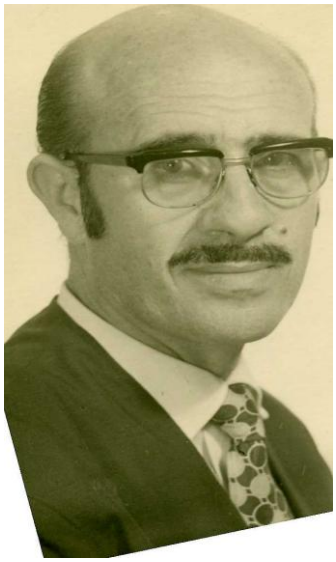
"Poeta de la palabra sencilla y entrañable, sin rebuscamientos ni engaladuras, Vicente Mojica es uno de los poetas más sinceros, más claros del panorama poético nacional."

Vicente Cano:

"A Vicente Mojica buscarlo siempre con la verdad del corazón abierto, con la paz como bandera y el amor y la esperanza como atributos. Buscarlo cargado de inocencia entre los niños, haciendo dolor suyo el de todos, habitando en su sangre la grandeza y la orfandad de los humildes."

Textos seleccionados por *Manuel Parra Pozuelo*

POEMAS A UN AMIGO



Quien lo pensara

Al libro *Espejo de la consumación* de Vicente Mojica

¡Ay, Vicente, quién pensara
que al mirar en el espejo,
mirases tu propia cara!

Tal vez detrás del espejo
todo lo ve consumado
tu joven corazón viejo.

Hablas de consumación
cuando aún lleno de alegría
tienes todo el corazón.

Al mirar en el espejo
un leve mar de nostalgia
vino desde un tiempo añejo.

Pero el mar que a ti ha venido,
que ha llenado tus palabras,
no trae memorias de olvido.

Nunca un mar de soledad
lumbre de consumación
nos trajo tanta verdad.

Noticia de la Santa Faz

Que oiga quien quiera saber,
señoras y caballeros,
damas, donceles y niños,
representantes del pueblo,
cómo Vicente Mojica
nos ha ofrecido el más bello
de sus poemas, escrito
con donosura y talento:
Este singular mosaico
que es el “Retablo Poético
de la Santa Faz “, finura
de gracia y de sentimiento.

Ya más belleza no cabe
en romance más perfecto,
que en diez estampas nos cuenta
los milagros verdaderos
de la Santa Faz Divina,
que quedó impresa en un lienzo
para devoción de todos
y para amparo del pueblo.

Que lean ustedes la historia
como yo les recomiendo,
y se habrán de conmover
con sus verídicos hechos,
con las cosas entrañables
que sobreviven al tiempo
y que en las raíces tienen
un no sé qué de misterio.

En tu voz de agua clara

En tu voz de agua clara,
de aire callado,
la canción más hermosa
yo la he escuchado.

En tu voz de agua clara,
como un latido,
la canción más gozosa
yo la he sentido.

En tu voz de agua clara
cómo ha llegado
la primavera pura:
como un regalo.

En tu voz de agua clara
cuánta alegría,
cómo se siente el goce
de la poesía.

En tu voz de agua clara
con qué cariño
un poeta se hace
pequeño, un niño.

Ay, Vicente Mojica:
Quién lo pensara.
Aire y sol, mar y tierra
en tu voz de agua clara.

Canto de paz con Vicente Mojica

Porque esperaba la paz
tu corazón derramaba,
en medio de la cruel guerra,
las amorosas palabras.
Y las palabras dijiste
de amor, de luz, de esperanza.

Vicente Mojica: tu
corazón nos despertaba.

Porque esperaba la paz
ya los fusiles sobraban,
sólo hacía falta luz,
solidaridad faltaba,
amor.
Por tus versos limpios
diluvia sobre las garras,
llueve sobre los dolores
infinitos de la patria.
Un manantial poderoso
mitiga la pena amarga,
hace dormir los cuchillos
y hace enmudecer las balas.

Sobre las vidas caídas
y las muertes derramadas,
sobre el dolor de las madres,
novias, esposas o hermanas
de los arduos combatientes,
siempre la paz esperaba.

Una ciudad sometida
a los bombardeos calla,
en mitad de sus dolores,
desgarradas sus entrañas.
Aviones-cuervos venían
por los aires y dejaban
siembras de muertos y escombros
por las calles y las plazas.
Un 25 de mayo
todo Alicante temblaba
de miedo, cuando caían
las crueles bombas odiadas.
Un niño testigo fue
mientras la paz esperaba,
y para la paz futura

amaneció su palabra,
y su palabra fue germen
de luz, de fe, de esperanza.

Vicente Mojica: niño
que fuiste ayer, cuando España,
dividida por los odios,
en sangre se derramaba,
en llanto se deshacía
por cumbres y por montañas,
cuando venían los ríos
crecidos de sangre hermana,
hermano armado con odio
contra otro hermano, que aguarda,
media España contra otra
-diferente- media España,
rencor que sube y que sube,
fiebre que estalla y que estalla,
cáncer de saña y de odio
que nos anegó en su lava,
en el río o en la mar
fraticida de sus ansias.

Hoy la paz aún no nos llega.
Mientras sea el hombre alimaña
y lobo contra otro hombre,
se extinguirá la esperanza.

Sigue existiendo la guerra,
la sangre aún se derrama
en muy diferentes pueblos
y en muy diferentes patrias.

La Paz se sigue esperando
como una paloma blanca.

Canciones en la plaza

La gracia se hizo tan niña, tan niña,
como una niña que en la Plaza juega.
Vicente Mojica, como un niño bueno,
como un viejo niño, cuentos y leyendas
y canciones niñas nos canta en la Plaza,
nos canta y nos cuenta.

Y todos nos fuimos haciendo muy niños,
regresando a mágicas, dulces inocencias,
tiñendo la tierra purezas de ángel,
júbilos hermosos de sueños de fiesta.

La poesía se hizo muy niña, muy niña,
como una niña que en la Plaza juega.

Se nos fue Vicente Mojica

(8 de Octubre de 1989)

Desde el dolor escribo
amorosas palabras.
Amor, dolor: moneda
con su cruz, con su cara.

Cuando el silencio se hace
dolor, cuando se callan
las voces, los alientos,
cuando ya nada canta,
cuando tú ya te has ido,
amigo, con el alba.

Ay, Vicente Mojica,
qué difícil, qué amarga,
parecerá la vida
si tu voz no la canta,
si no hay ruiseñores
en tu voz de agua clara.

Ya el árbol de tu sombra
-nuestra sombra- sin ramas
se ha quedado, ya el viento
ni se escucha ni pasa,
ya nos hemos quedado
casi sin esperanza.

Desde el amor escribo
dolorosas palabras
por ti para nosotros,
desde un rincón del alma
que tu amistad sencilla
como un alba guardaba.

Ya no estás con nosotros,
como siempre lo estabas,
fraterno y solidario,
al pie de la esperanza.

Sé que con Dios habitas
y sé que a Dios le cantas
los versos que quedaron
durmiendo en tu garganta.

Tu corazón, muy dentro,
aún la paz esperaba,
y la paz ha encontrado,
remontando las alas
hacia un Padre clemente
que tu alma esperaba.

Desde el dolor escribo
del amor- las palabras.

Francisco Alonso Ruiz

El enfermero

Y pleno de piedad y de paciencia
tu anhelo se derrama entre tus manos,
que son trazos de luz en los infiernos
del dolor que radica en los hogares.

Y llevas la piedad a los quirófanos,
entre bisturíes,
algodones y agujas.
En las salas impartes tu consuelo.
Acaricias la sien del vagabundo
y le nombras al Dios de los caminos,
colocas la camilla de la muerte
para recoger su último suspiro.

Como madre que alimenta su feto
cierras sus ojos,
ciénagas de desesperanza
que la fosa
aguarda hambrienta.

Poeta del dolor y de la muerte,
los sigues,
y le entregas al Dios de los milagros
sus cuerpos rígidos.

Pero tu energía brota audaz sobre
los rostros, tintando de iris la agonía.

Otros, agradecidos,
te buscan, acarician tus manos,
y se ríen del mal
devuelto a las calderas
del nefasto,
y para siempre te recuerdan,
enfermero de esos días.

Airam Lebasi

A Vicente Mojica, a Manuel Molina y a Rafael Azuar

En un rincón aparte del pasado,
aparte del presente y del futuro,
estoy en relación con la esperanza.
Manuel Molina

Despierta, barrio de San Blas,
vuelve la vista atrás.
Salva a estos grandes poetas
olvidados por ignorancia.

Alicante, reconoce a tus hijos
de la hermosa palabra, recuperando
de las páginas amarillentas
sus versos olvidados.

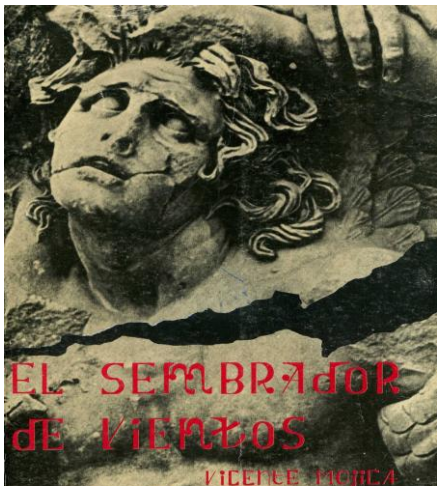
Que vuelvan a ver la luz,
los poemas del alma,
para que no sigan durmiendo
el despiadado sueño eterno.

Vamos a levantar entre todos
un monumento, que nos recuerde a estos
humildes pero grandes poetas de la tierra,
haciéndoles justicia y que las nuevas
generaciones alicantinas sepan que
hubo grandes poetas que llevaban en sus corazones
a la ciudad de Alicante y un gran amor,
por los seres humanos y la palabra escrita.

Mati Bautista

EL AUTO SACRAMENTAL EN VICENTE MOJICA

Semblanza de *El sembrador de vientos*



El Sembrador de vientos

Analizaremos someramente en este artículo un texto de carácter dramático que el poeta alicantino Vicente Mojica escribió y publicó a mediados del año 1985 para ser representado ante el público. Se trata de un Auto Sacramental, género de escasa producción literaria en la actualidad, pero tremendamente arraigado en su origen místico, ubicados sus antecedentes en una época esplendorosa para las letras españolas como lo fue el denominado "Siglo de Oro", en el que su máximo representante fue el dramaturgo Pedro Calderón de la Barca.

Sirva como definición abrumadoramente aceptada, la de que un Auto Sacramental es una pieza dramática dedicada a celebrar el sacramento católico de la eucaristía. Sus orígenes como manifestación popular están íntimamente ligados al género "teatral" y "profano", muy anterior a la manifestación religiosa. Según Leandro Fernández de Moratín los autos no nacieron eclesiásticos, más bien al contrario, éstos influyeron en la religiosidad hasta llegar a introducirse en algunas de las ceremonias de la iglesia y no al revés.

Aunque puestos a mostrar alguna otra definición veamos lo que dicen los clásicos, en la voz de Lope de Vega primero y del maestro Calderón posteriormente.
Escribe Lope:

> "Y ¿qué son autos?- Comedias / a honor y gloria del pan / que tan devota celebra / esta coronada Villa /por su alabanza sea / confusión de la herejía /y gloria de la fe nuestra/ todas historias divinas"

Calderón, con algo de más de profundidad, lo explica poéticamente de esta otra forma:

> "Sermones / puestos en verso, en idea / representable, cuestiones / de la Sacra Teología / que no alcanzan mis razones / a explicar ni comprender / al regocijo dispone / en aplauso de este día /"

Y para finalizar una última definición, esta vez a cargo del historiador de Literatura Española, el profesor Valbuen Prat, que dice: "Es el Auto Sacramental una obra dramática en un acto, alegórica y referente al misterio de la eucaristía "

En cualquier caso, todas las definiciones tienen, con sus correspondientes matices, la misma intención interpretativa de lo que son estas representaciones de carácter teatral.

Sin duda ha sido Calderón de la Barca, el dramaturgo teólogo por excelencia, quien ha logrado que sus obras dramáticas sacramentales despojen a sus máscaras de la parte más accidental, ofreciéndonoslas así en toda su esencia.

Existe un precedente relativamente cercano en el tiempo y que sin duda tuvo que ser influyente en la obra teatral de Vicente Mojica. Se trata del Auto Sacramental que Miguel Hernández escribió hacia el año 1934 y que tituló *"Quién te ha visto y quién te*

ve y sombra de lo que eras", donde plasma alguno de los estados de la inocencia, la tentación de la carne, las envidias o el concepto cristiano de pecado; todo ello dentro de ese entorno rural donde el poeta de Orihuela se movía.

"El sembrador de vientos" es un Auto Sacramental contemporáneo, que Vicente Mojica dividió en tres actos, dentro de los cuales se desarrollan una serie de escenas teatralizadas y en las que unos personajes de tipo alegórico dotan a la trama de contenido estético.

Como bien dice, en el prólogo al libro José Manuel Martínez Aguirre, *Vicente Mojica contribuye a la historia de esto Autos con una singularísima apuesta teológico-poética dentro de un entorno tremendamente hostil para la teología.*

El autor trata de ofrecernos principalmente en este auto una disección del alma, un análisis riguroso de la misma, cercano al psicoanálisis moderno y, para ello, incorpora al drama elementos alegóricos, abstracciones morales o metafísicas: vicios (pecados capitales) virtudes, figuras divinas, etc.

Hay un momento en la obra en que el alma se pregunta por el silencio de los seres humanos, por esa apatía, ese andar arrastrando los pies cuando dice:

¿Qué estación desconocida / es ésta y de qué lugar? /que oigo los trenes pasar / entre la muerte y la vida. / Trenes que vienen y van, / y por su silencio infiero / que es mudo cada viajero / por lo callados que están.

La figura del hombre queda relegada a una función pasiva, perdiendo así protagonismo en favor de lo abstracto, mientras que la figura del diablo, en este caso, en el papel de Satán, sí adquiere verdaderamente una estelar relevancia a lo largo de todo el texto. Ayudado por la envidia, las tentaciones o las dudas, es él quien va guiando el complejo desarrollo de las diferentes escenas desde el principio hasta el final del texto. Ya en el arranque y en la voz del diablo, éste adelanta la negación escéptica, que a lo largo de toda la trama va a ser recurrente, la creciente pérdida de la fe y la lucha descarnada entre el cuerpo y el alma.

Como he previsto sucede / el hombre, con inocencia, / va adelantado en la ciencia / y en religión retrocede.

Dentro de los muchos aspectos tratados en esta obra, se aborda de una manera muy teologizada las cuestiones del bien (como acto supremo de bondad) como la cuestión del mal (como negación de todo lo bondadoso).

Pero lo que Vicente Mojica dramatiza fundamentalmente en su auto, la única experiencia humana que él considera, por decirlo de alguna manera, más autentica: es la experiencia religiosa; y así, se acerca al reconocimiento interior de los conflictos morales, relacionándolos con las siempre debatibles cuestiones teológicas.

El autor no elude ningún tema: la tentación carnal, la consideración dada al hecho de pecar, la redención de esos mismos pecados y las virtudes que alumbren o iluminen al ser humano a la hora de dicha redención. Para él, en el auto sacramental los grandes protagonistas son Dios, el hombre y el diablo, cada uno con sus aliados y con sus antagonistas, con su coro y anticoro. En el Centro, el misterio fascinante de la Eucaristía, presencia misteriosa, pero real y verdadera de Cristo, compañero de peregrinos por el desierto de un mundo que camina, debe caminar, hacia Dios; allí los símbolos alegóricos desaparecen y la Fe se hace visión esencial.

Este auto sacramental se representó por primera y última vez en el Teatro Principal de la ciudad de Alicante, en el año 1990 a cargo de la compañía *"Teatro de los vientos",* dirigida por D. Antonio Rives.

Fco. Javier Fernández

MI AMISTAD CON VICENTE MOJICA

De izquierda a derecha: Josefina Marhuenda, madre de Fco. Alonso, Vicente Mojica y Fco. Alonso

No quisiera que estas palabras se leyeran como un relato biográfico, aún menos como un elogio a mí mismo. He de hablar, desde luego, de mi vida literaria, pero lo hago para expresar mi gratitud, mi deuda de agradecimiento al aliento y al estímulo recibido por parte del poeta, a cuya vida y obra brindamos un merecidísimo homenaje.

Conocí al eximio poeta y mejor persona en 1981, unos años después de concluido mi servicio militar. Había publicado en 1969 un cuadernillo de poemas, pero tenía escritos y, naturalmente inéditos, un enorme puñado de versos, que Vicente Mojica tuvo la bondad de leer. Una vez concluida su lectura me dijo: “Tus poemas merecen ser publicados. De momento, he elegido cinco sonetos, que van a salir en un número monográfico dedicado a la poesía joven masculina de la revista *Forma abierta*. En tanto que la revista se edita, haz tú mismo una selección de tus poesías, que se van a publicar como libro.” Se editó la revista. El libro apareció un año después, en la colección que patrocinaba la Caja de Ahorros Provincial de Alicante. Su título era *Testimonio de tiempo;* como portada se eligió un óleo de Fernando Sánchez y Juan, las ilustraciones eran de Juan Coll Barraca, y el prólogo, de Vicente Mojica.

Antes de la edición de mi primer libro, conocí en su domicilio a un hombre entrañable y bondadoso. Se llamaba Don Rafael Martínez Morellá y era la persona que se ocupaba amorosamente de la puesta a punto, corrección y distribución de todos y de cada uno de los textos que se editaban. Don Rafael ya se había jubilado como directivo de la Caja, pero seguía con aquella labor de cuidado, de cariño a las diversas obras y a sus autores. Desde el despacho, en su casa, lo miraba todo, lo supervisaba todo, y ninguna cosa escapaba a su atención y mimo y afecto. Me recibía como a un amigo, y me pedía que le leyese mis creaciones o las de otros poetas o narradores. “Tiene usted una voz agradable.- me decía- y me gustan sus versos”.

La labor editora de la Caja de Ahorros Provincial durante esos años fue encomiable. No sé si la cifra es exacta, pero llegó a imprimir unos ciento cuarenta textos, de todas las materias y estilos y géneros literarios, procurando siempre que el contenido de la obra lo mereciese, o el autor fuera alicantino o cercano a nuestra realidad cultural. He de añadir que para conmemorar la aparición de los primeros cien apareció una joya bibliográfica que llevó por título *Libro de los cien libros*.

Vicente Mojica me regalaba sus hermosos libros, en una de sus páginas escribía siempre una afectuosa dedicatoria, un saludo para mi madre, y para mí, un recuerdo… Los libros de mi amigo son hoy los más cercanos a mi vida y a mi memoria, aquellos a cuya lectura regreso. La amistad de Vicente –poeta, autor teatral, narrador, cristiano hasta la médula en su amor a Dios y a sus semejantes, hombre ejemplar– tanto como por sus consejos y por cuanto de él y con él aprendí siguen siendo los que me acompañan en mi existencia y en mi vocación poética.

Francisco Alonso Ruiz

EL ENFERMERO POETA

Imagen de Vicente Mojica con su atuendo de enfermero

Vicente respiró con fruición el aire puro del amanecer. Estaba entumecido después de la larga noche pasada al pie de la cama de la parturienta. Todo había salido bien. Un hermoso niño se había añadido a la larga lista de nacimientos. Claro que a veces las cosas no iban tan bien. La partera y él habían tenido que recurrir al médico cuando el parto se presentaba mal, y aun así, en ocasiones, la muerte visitaba la casa. Hoy la vida había triunfado sobre el temor y la incertidumbre de las largas horas de espera.

Estaba en el barrio de la Santa Cruz. La naturaleza se despertaba en todo su esplendor. Desde allí contemplaba la ciudad recogida en el abrazo azul del mar. Los pájaros entonaban sus trinos entre los árboles que poblaban el barrio. Pequeñas columnas de humo avisaban del movimiento de sus moradores. Un vapor frutero cruzaba la bahía en un lento movimiento que surcaba la piel purísima del agua, marcando ondas que se alejaban del casco con perezosa lentitud. Al contemplar el panorama evocó uno de sus últimos poemas:

Antes de que el mar, el viento y la rosa,
con Dios eterno, amor, tú ya existías
y eras ya viejo al empezar los días
antes del nacimiento de las cosas.

Y apoyado en la barandilla miró el cielo y dio gracias. Esperaba que su poemario se publicase en breve. Tenía mucha ilusión que así fuese. La editorial le estaba dando vueltas, pero parecía que iba por buen camino. Volvió a la realidad. Tenía que ir a visitar a C al que le tocaba la inyección de penicilina a las seis. Llevaba la jeringuilla ya hervida. Lo había hecho como siempre con un pequeño trípode, un algodón empapado en alcohol al que se aplicaba una cerilla, cuando hervía el agua de la cajita con la jeringa dentro quedaba esterilizada. Así ganaba tiempo. A C le gustaba charlar un rato y él siempre se paraba un momento para animarlo en su ansioso respirar, le daba ánimos y le tomaba la fiebre. C estaba muy mal; vivía en una extrema pobreza. Se pararía a recoger un poco de leche en la abacería para llevarle y, además, le había

guardado unas galletas que la madre de la parturienta le había dado. Por lo menos C hoy tomaría un desayuno. Después tenía que ir al hospital. El sueño perdido era para recobrarlo de noche, si lo dejaban. Caminó por las callejas que bajaban en cuesta pronunciada hacia el puerto. De vez en cuando se asomaban somnolientos parroquianos en sus quehaceres de limpieza, algunos lo saludaban, otros lo ignoraban. Se veía que aún arrastraban la resaca del día anterior. Él, mientras recorría las calles, pensaba en el último poema que cerraba su libro. Tenía un tono amargo y acusador, no acababa de gustarle la voz, pero era lo que sentía ante tantas injusticias. España estaba pasando por una etapa dura, la falta de trabajo volvía a la gente desconfiada e injusta. Muchos, emigraban a Europa en su busca: sin preparación, sin dinero, a la ventura. Otros, se enriquecían a cuenta de los demás. Vicente repitió las estrofas de su último poema:

Estáis todos callados,
mudos como los muertos.

Y bajáis la cabeza de vergüenza
porque pensáis lo mismo que yo pienso.

Porque guardáis podridas las palabras,
mascullando en silencio
todas vuestras desdichas
que no decís por miedo.

Le gustaba. Lo iba a dejar tal cual.

Cuando llegó al hospital ya eran las nueve. El conserje le entregó una carta y un pequeño paquete. Era de la editorial. El poemario ya estaba editado. Le mandaban un ejemplar. Lo tomó con manos temblorosas y lo besó. Era su primer libro. Ya tenía las pilas bien cargadas para enfrentarse al sufrimiento que lo esperaba en las salas.

Airam Lebasi

EL PRIMER POEMA DE VICENTE MOJICA Y OTRAS APARICIONES EN SU OBRA DEL TEMA DE LA CIUDAD BOMBARDEADA

En julio de 1937, Vicente Mojica Benito tenía catorce años, y Alicante vivía, desde la sublevación militar de julio de 1936, en un estado de guerra civil. Vicente, cuando se produjo la sublevación, trabajaba como botones en el Club de Regatas y, tras el inicio de la guerra, continuó trabajando en el mismo edificio, que se transformó en hospital, bajo la dirección del Socorro Rojo Internacional, y fue en un periódico de esta organización en el que Vicente Mojica, presentado como "figura de la joven intelectualidad," donde publicó su primer poema, titulado "Bilbao, la mártir", que nos ha sido facilitado por su esposa, y que nos permitimos transcribir debido a lo difícil de su localización:

¡Bilbao, la mártir!

¡Viva la mártir Bilbao!
¡Viva la brava ciudad ---------- a
que derramando su sangre
defiende la libertad! ---------- a

Esos viles asesinos
que nos hacen tantos males ---------- b
que nos matan a los niños
y también a nuestras madres ---------- b
De otra forma no podemos
avanzar por nuestro suelo---------- c
si no es destruyendo los pueblos…
Cuantas personas han muerto -------- c
huyendo de la metralla
que desde aviones negros ---------- c
cobardemente les lanzan.
El camino hasta Bilbao
de destrucción es la estela ---------- d
¡Durango, Guernica, Helgueta!...
Todo metralla extranjera ---------- d
ríos de sangre de niños,
de mujeres y de ancianos ---------- e
están corriendo en Euskadi
por las tierras y los llanos. ---------- e
Para avanzar sólo un paso
los generales traidores ---------- f
necesitan los refuerzos
de Alemania en aviones. ---------- f
Invadiendo están España ---------- g
alemanes e italianos
y demás de su calaña ---------- g
¡Entregad la vida, vascos
antes de que pase el fascio, ---------- h
más vale morir de pie

que morir arrodillados! ---------- h
35 ¡Viva la mártir Bilbao!
¡Viva la brava ciudad---------- i
que derramando su sangre
defiende la libertad! ---------- i

Los treinta y ocho versos del poema se encuadran métricamente en agrupaciones de rimas asonantes en los versos que se indican y de rimas consonantes entre los versos 21 y 23 y 28 y 30, y pueden considerarse como uno de los abundantísimos ejemplos de poemas romanceados, como los de Miguel Hernández, conocidos y admirados por Vicente Mojica, que se escribieron en la zona republicana y se publicaron en los periódicos de la época, en este caso su carácter propagandístico se evidencia aún más con las palabras que preceden a su autor "Pionero de catorce años".

Argumentalmente, la composición se inicia y concluye de modo idéntico, con una exaltación de la ciudad bombardeada, Bilbao, y los versos comprendidos entre el 5 y el 30 están dedicados a denigrar y evidenciar la maldad de la metralla extranjera y de los generales traidores, que están haciendo correr la sangre de niños y mujeres por las tierras y los llanos de Euskadi. Mientras que los versos 1 a 4 y 31 a 34 son un llamamiento a los vascos para que entreguen sus vidas antes que permitir el paso del fascio, porque, tal como afirmaba la consigna del frente popular, era "preferible morir de pie que vivir arrodillados".

Los tres poemas que Vicente Mojica también dedicó al tema de la ciudad bombardeada, que en este caso era Alicante, aparecieron en el libro *La paz nos esperaba*, que fue publicado por primera vez, en 1966, y en su segunda edición, en 1981, y son *Entonces, la ciudad*; *Hoy, 25 de mayo* y *Por el aire, por el cielo*.

Las diferencias de tono y contenido entre el primer poema y los tres de 1966 no podrían explicarse sin tener en cuenta las abismales diferencias históricas de los momentos en que fueron escritos y al mismo tiempo la evolución personal de su autor que cuando escribió su primer poema era casi un niño, mientras que los escritos en 1966 corresponden a una etapa de madurez. Los casi treinta años de diferencia entre ambas publicaciones no habían pasado en balde, ni desde el punto de vista histórico ni desde una perspectiva personal. En este sentido parece conveniente realizar las siguientes puntualizaciones:

a) El prolongado periodo de tiempo durante el que el poeta no publicó verso alguno, que, según nuestros datos, debió de llegar hasta bien entrada la segunda mitad de la década de los años cincuenta, ya que no fue hasta 1958 cuando vio la luz su primer libro *Llamada al corazón*. Las razones de este prolongado silencio deben buscarse en las durísimas condiciones materiales en las que se desenvolvía la vida española en los años inmediatamente posteriores a la finalización de la guerra civil, y a la necesidad de Vicente Mojica, que tenía 15 años al término de la contienda, de lograr una posición personal que le permitiese ganarse la vida sin contar con ningún tipo de ayuda, tal como efectivamente consiguió mediante la finalización de sus estudios de Ayudante Técnico Sanitario y la obtención de una plaza en propiedad en la Sanidad Pública.

b) Las restricciones existentes desde una perspectiva cultural para tratar temas o cuestiones referidas a la guerra que no fuesen las contempladas desde un punto de vista estrictamente partidista, es decir, que no fuesen de mera propaganda del bando vencedor, en los años posteriores al final de la guerra, perspectiva que no coincidía con las que personalmente podía y quería expresar Vicente Mojica, y en las que la mera enunciación del tema de la ciudad bombardeada suponía una rememoración que no era precisamente grata para las autoridades del bando vencedor.

El primer poema incluido en *La paz nos esperaba (Entonces la ciudad*) está constituido por 36 versos que no riman ni tienen un patrón métrico concreto. Se nos

presenta como una descripción de la ciudad que sufre un bombardeo, escrita cuando el hecho ha sucedido en un tiempo pasado, que se refleja en el poema, con la palabra con la que se inicia “Entonces”. Lo que se describe es la convulsión de la ciudad humeante y estremecida, en la que sus habitantes se adentran en busca de protección bajo la tierra en una evidente alusión a los refugios que se construyeron en aquel tiempo en Alicante. A partir del verso dieciséis, la segunda parte del poema que se inicia con las palabras “La bóveda encalada”, retrata precisamente las circunstancias que rodean a los hombres y mujeres que acudían a estos habitáculos para protegerse de las bombas. La última parte de este poema, que comienza con las palabras “Y después del silencio”, cuando ya se retiraban las aves de acero, nos presenta a la ciudad llorando el dolor de sus heridas.

El segundo poema sobre la ciudad bombardeada se inicia con la frase “Hoy 25 de Mayo”, y está escrito desde la perspectiva del más instantáneo presente, tal como evidencian sus dos primeros versos y repite hasta en tres ocasiones en los versos 9 y 10, 23 y 24 y 32 y 33, que aún hace más evidente esta perspectiva temporal.

El poema, a nuestro entender, se basa sobre todo en la contradicción existente entre el paisaje y el contexto previo al bombardeo y la convulsión que tras esta incursión aérea se produce. A las once de la mañana (justamente a las once) la ciudad, “estallante de sol”, se abre en ese momento “como un fruto de muerte”, de este modo es la propia ciudad la que estalla en gritos y alaridos, apareciendo humanizada, hasta tal punto que el azul de su cielo es violado y la muerte hunde sus zarpazos en su carne, provocando gritos confusos, cláxones rabiosos y todo el pavor de este inhumano bombardeo.

El tercer poema está formado por veintinueve versos octosílabos con rima asonante (e-o) en los versos impares que se inicia con una frase “Por el aire por el cielo …”que alude, sin duda, a los aviones que, como explicitaría en el verso quinto, traen la muerte en su vuelo. El poema se estructura a base de frases sincopadas, llenas de alusiones que obligan al lector a completar su sentido y a impregnarse del terror y del presentimiento del odio y de la muerte que traen estos aviones, cuyo vuelo no puede ser detenido ni evitado.

Es preciso significar que, en efecto, el día 25 de Mayo de 1938 una escuadrilla de aviones fascistas italianos, stukas, procedentes de Palma de Mallorca, arrojaron una lluvia de bombas asesinas sobre el mercado central de Alicante, en aquellos momentos lleno de un público integrado fundamentalmente por mujeres y niños que acudían a comprar sardina, que había sido capturada en la noche anterior, dejando más de trescientos muertos y una situación de pánico indescriptible. Vicente Mojica es pionero en reflejar en composiciones líricas este acontecimiento y el valor de su aportación puede explicar la doble edición de su libro.

Manuel Parra Pozuelo

UNA TARDE CON JOSEFINA MARHUENDA

Fotografía de Josefina Marhuenda

Deseando conocer mejor a ese Mojica entrañable, al hombre, al esposo, al padre y al hijo que nunca olvidó a sus progenitores, con dos compañeras de la revista Auca, Amparo Benito y María José Arques, he ido a visitar a su viuda. La cita la concertó Amparo que conoce a Josefina Marhuenda desde hace años, ya que ambas son del mismo pueblo: Monforte del Cid.

Con una sonrisa nos recibe y hace pasar a su casa, un piso luminoso con muchos cuadros en las paredes, muchos libros y muchas fotografías familiares: un hogar lleno de recuerdos. Para celebrar la reunión, nos ha dado a elegir entre el salón y la salita donde escribía Vicente y que está presidida por su retrato. Sin dudarlo, nos hemos decantado por la salita. Allí descansa la vieja mecedora del poeta, como un perro fiel que esperara el regreso de su amo.

Josefina, a quien el paso del tiempo ha tratado muy bien pues su aspecto tiene mucho de juvenil, ha sido tan cariñosa que a los pocos minutos parecía que también nosotras dos la conociéramos de años. Es un archivo de experiencias, de recuerdos, de anécdotas que se conservan vivas en su cerebro a pesar de que se queja de su mala memoria. Aunque debe de estar acostumbrada a los muchos homenajes que ha recibido su esposo, ha tenido con nosotras la misma consideración como si éste que proyectamos fuera el primero. Nos ha hablado de su juventud; de cómo estudió Magisterio y, más tarde en la Universidad de Granada, para practicante. De cómo conoció a Vicente en casa de sus tíos –los de ella-, en donde vivía a causa de sus estudios. Vicente le pareció muy agradable e inteligente, a pesar de decirle que la carrera de practicante no era adecuada para una mujer. Se reencontraron en casa de unos amigos comunes cuando ya había acabado la carrera. Se vieron de nuevo cuando Josefina fue a darse de alta en el Colegio de Practicantes. Después de seis meses sin coincidir, él le envió una tarjeta de felicitación el día de San José; más tarde se las ingenió para acompañarla a las prácticas de enfermería que tenía que hacer los domingos. Por entonces, los conocidos ya decían: “Mira cómo enseña a su novieta”, antes de serlo de manera oficial. Muy original fue por parte de Vicente la declaración, que podríamos calificar de “anatómico-amorosa”, de sus sentimientos, pues aprovechó el repaso de la lección correspondiente al corazón, que Josefina contestó sin problemas, explicando todo lo relacionado con el pericardio, miocardio y endocardio, para recordarle que, además, el corazón era la sede de la sensibilidad, de los afectos y del amor que sentía por ella. Vicente fue claro: él quería una esposa, una madre para sus hijos, una mujer que le esperara a la vuelta del trabajo, una compañera con la que hablar y compartir la vida. Josefina renunció de buen grado a sus aspiraciones profesionales y nos dice, con una sonrisa cómplice, que de haber conocido entonces el famoso bolero, le hubiera respondido: “Si tú me dices ven, lo dejo todo”.

Confiesa que intentó, y cree que consiguió, ser la esposa que él deseaba: le ayudaba cuanto podía en todo lo relacionado con su trabajo y con su obra, y que,

además de madre, cuidadora de pequeños y de mayores, fue secretaria, administradora, cocinera, anfitriona, bibliotecaria, maestra… Vicente tenía un carácter fuerte, pero era la bondad en persona. Cuando la llamaba para pedirle su opinión o leerle lo que había escrito, dejaba lo que estuviera haciendo para acudir a su lado, pues comprendía la importancia de su trabajo. Vicente le había recitado versos de Gabriel y Galán y de otros autores de la época antes que los suyos propios; cuando lo hizo por primera vez, la emoción que suscitaron en ella fue el termómetro donde percibió la calidad de sus poemas, prueba a la que siguió sometiendo su producción desde entonces.

El poeta agradeció y proclamó la dedicación y apoyo recibido de su esposa así como su amor por ella, no sólo en la intimidad familiar, sino públicamente en las dedicatorias de sus libros y en sus poemas:

"Va a ti mi corazón como a una rosa
de cuyo néctar libo mi alimento
y amo en ti a Dios, porque al amarte siento
su bondad en la tuya caudalosa.

Consciente de mi amor y mi ventura,
gozo de contemplarte y de tenerte
ya para siempre a mi querer unida.

Los ojos de Josefina brillan con más intensidad al hacernos partícipes de todos estos entrañables recuerdos, quizás como consecuencia de una lágrima indiscreta. Nos habla, cómo no, de sus hijos. (El primero, Vicente, no sólo traía un pan debajo del brazo, sino la buena nueva de su venta libre y del final de las cartillas de racionamiento); de la alegría que llevaron a su hogar, de los sentimientos que despertaron en Vicente y que reverdecieron con la llegada de los nietos, que vio en ellos la prolongación de su existencia:

"Llevo un rumor de viento de pañales
de mi siembra de amor ya recogida,
y va mi pie valiente por la vida
salvando un arrecife de puñales."
.....
"Los hijos de mis hijos son mis hijos dos veces,
en quienes el futuro mi estirpe se asegura..."

Con satisfacción nos dice Josefina que los ancianos, tanto de su familia como de la de Vicente, nunca tuvieron necesidad de salir de su casa ni de conocer residencia alguna. Vicente, utilizando la metáfora del árbol, tan cara al poeta, rindió su filial homenaje a sus padres:

"Padre era igual que un árbol.
Derramaba su sombra,
se entregaba,
desde el hondo sentir
de sus raíces."
"Yo quiero, padre,
necesito que sepas que mi mano
está tendida a ti,
y no estás solo,
porque yo estoy contigo".
.....
"Y estoy llorando, madre, como el niño

de tu vientre frutal que hubo en tus brazos;
ruedo por los barrancos de mi pena,
hundiéndome en el llanto".

Evoca Josefina las temporadas pasadas en Monforte, lo mucho que disfrutaba Vicente en contacto con la naturaleza, lo feliz que era en el campo:

"Junto a la casa, el aire
huele a pan tierno,
a leña, a campo, a vida
y a pan moreno.

"Un árbol campesino
de rumorosa sombra,
mi corazón y un libro."

y añade que el último poema que escribió Vicente, el epílogo de su obra, lo dedicó a este pueblo.

Destaca las muchas colaboraciones de su esposo para las Hogueras y las Filás de Moros y Cristianos. En mayo de 1982 era Cronista Oficial de la Junta Central de Moros y Cristianos. "Alicantins: Units en la mateixa alegría, col.laboreu tots per a que la Festa de Moros i Cristians siga un motiu d'orgull més per a la nostra terreta."

En esta tarde dedicada al recuerdo de su esposo, no podía faltar una referencia de Josefina a los amigos, profesionales de la sanidad unos, y otros pertenecientes a esa pléyade de artistas, escritores, pintores, escultores, poetas que surgió en Alicante durante la larguísima posguerra; de cuánto ayudaron a Vicente algunos de ellos en la difusión de su obra, y de la entrañable amistad que los unió. Son tantos que la relación de sus nombres sería interminable.

"Cuando un amigo muere se derrumba
algo de nuestro ser. Anticipada
se desmorona endeble nuestra vida."

También nos cuenta que en un acto cultural celebrado en Orihuela al que asistía el Obispo, Vicente recitó su poema dedicado a Miguel Hernández. En aquellas fechas, el poeta y su obra eran temas intocables, pero, ante la sorpresa de los asistentes, el primero en felicitarle por este poema fue el propio Obispo. Más tarde, Vicente comentó que no era posible estar hablando de poesía en Orihuela y olvidar, en su tierra, a un poeta tan grande como Miguel:

"Muda está ya tu voz de ansias inquietas
y hay un silencio trágico y sombrío
en la heroica legión de los poetas
tu puesto inocupable está vacío."

Durante su vida, Vicente recibió homenajes y distinciones: Fue Presidente de la Asociación de Practicantes Escritores y Artistas; recibió la Cruz Civil de Sanidad con categoría de Encomienda; siendo alcalde el señor Lassaletta Cano, el Ayuntamiento, a petición de los alicantinos, le dedicó una glorieta y el Ateneo de la ciudad, cada dos años, concede el premio de poesía que lleva su nombre. Creo que es de justicia señalar la parte que le corresponde a Josefina en todas estas distinciones por el amor y la ayuda prestada a su esposo y que él mismo reconoció en varias ocasiones: "A Fina, mi esposa y luz de permanente amor, sin quien yo no sería."

El tiempo es mucho más veloz cuando somos felices. Siempre juntos, Josefina y Vicente, desde aquella original declaración de amor, hace ya muchos años, y algunos

menos desde que los hijos volaron del nido.“¿Qué va quedando que resista el tiempo?” Como si despertáramos de un sueño, hay un momento en el que somos conscientes de su paso y de la arribada de ese día tan temido. Llega la enfermedad y con ella la proximidad de la separación. “Fina, sé fuerte”, le pedía Vicente reiteradamente a su esposa en aquel trance. Y Fina, esa gran mujer que hay siempre al lado de un gran hombre, lo fue hasta el final.

Al llegar a este punto nos ha invadido un emocionado silencio que no nos atrevemos a romper. Después de unos segundos, Josefina, haciendo un esfuerzo, nos pregunta, intentando sonreír, si queremos ver todas las cajas de libros que ha traído del chalet y que está ordenando. Lo dicho, una gran mujer.

María Rosario Mohinelo

Y dime, Vicente

Y dime, Vicente,
¿Dónde está Dios,
en medio de qué llaga corrompida?
Tú le viste anidar en el lamento,
describir los círculos del llanto
supurar debajo de la herida,
Tú le viste, hermano, ¡Por favor dime!
¿Dónde está Dios?
¿Dónde quedó dormida tu escalera?
Debo subir al cielo de tus ojos,
porque yo quiero verlo,
debajo del grito, de la lágrima,
yo quiero verlo como en ti era,
sembrado en la vertiente de tus dedos,
al cobijo de estrofas panaderas.
¿Cómo era Dios? Yo quiero verlo,
¿Dónde quedó guardada tu escalera?

Julia Díaz Climent

Manos de poeta

A Vicente Mojica, enfermero y poeta.

Se ha hecho verso el perfil de tu figura
y he cumplido la promesa que le hice
a tu hija de ojos claros.
Para ella traigo viva la memoria
del fiel aroma de tus manos.

Como duendes artesanos de la tierra
hendieron tus ***MANOS*** esperanzas,
cribaron pajizales de dolencia,
y emergieron, olorosas a éter,
a mixturas de tanino y mercromina.

Con sólida ternura, tus manos
sostuvieron jeringa y estilete,
migraron hacia la piel rasgada,
el vientre abierto, la víscera parda,
palparon la carne sumisa, a la vez
tierna rosa y punzante espina.

¿Qué dolor no hollaron tus manos
día tras día entre la carne humana?
Fueron pulsadoras ***DE*** materia oscura,
de músculo, de hueso y cicatriz rugosa.
En ásperos formoles se curtieron
esas manos amigables tuyas,
de cánulas traslúcidas se nutrieron
sus nervios y sus venas, y acaso
también de dulcísima y sosegada caricia
sobre los pulsos febriles de un enfermo.

¿Qué divina presencia palpitante
sintieron tus manos así hundidas?,
así derramadas sobre la opacidad
del sufrimiento, cenagal sombrío
en que bregó tu alma curandera
con oscuros guerreros tenebrosos.

De sutiles y mágicas sustancias,
de númenes, de jacintos, de árboles,
se alimentaron tus manos de ***POETA***
y sobre el papel, nívea sustancia,
derramó tu corazón los dones
de ese dolor de hombres,
dolor de hermanos que el mundo aviva.

¿Conocieron tus manos alquimistas
los misterios de la Obra Divina,
penetraron los arcanos inefables?
Mas fueron tus manos compasivas,
perfumadas por el éter, sólidas, amigas
transitando el mundo con amor
y transmutaron el plomo de la vida
en el purísimo oro de los versos.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Dibujo de Antogonza que ilustra el poemario *Al pie de la esperanza*

GRACIAS A VICENTE MOJICA

Cuando me encontré con María Amparo Benito el pasado mes de diciembre y me contó que la revista *Auca* iba a poner en marcha un taller dedicado al poeta alicantino Vicente Mojica, recordé haber visto en mi casa un libro de sus poesías. Nada más regresar, me puse a buscarlo y lo encontré en un cajón del estudio de mi marido, fallecido hace ya seis años; su título: *Geografía del llanto*. Al abrirlo, vi que se lo había dedicado:

> "*A Douglas Sanderson, escritor y amigo,*
> *con mi afecto y admiración; un abrazo.*
> *Alicante, abril de 1964. Vicente Mojica."*

El libro había sido publicado en 1963, siendo finalista del premio Poesía de Valencia.

Hurgando en mi memoria recordé la fisonomía de Vicente: un hombre de estatura mediana, pelo negro, bigote y patillas, muy pulcro y bien vestido. También recordé que era uno de aquellos hombres que, cuando le presentaban a una mujer, le besaba la mano: un caballero de carácter jovial y lleno de entusiasmo por la vida. Un día, mi marido y yo nos lo encontramos por la calle con su señora y nos la presentó lleno de orgullo. Pienso que era un hombre bueno, de gran sensibilidad y humanidad.

Seguí leyendo el libro. En la página siguiente decía: "*Ilustraciones de J. Pérezgil, Rafael Fernández, J. Belmonte y J. Vila*". Introducción de Rafael Azuar. Dedicatoria: "*A mis hijos*".

De su parte primera, "Seis poemas antes de la primavera", me conmueven "Mensaje" (*"... abrid el corazón para que nadie pueda llamar en vano."*) y "Desde el silencio" ("*Son muchos muertos un millón de muertos... Es necesario aprovechar la siembra de nuestros puros huesos calcinados*").

En la segunda parte, "Geografía del llanto", nos encotramos con "Ciudad de la ternura", "Ciudad de la esperanza" y "Ciudad del amor".

En la tercera, "Poemas íntimos", destaco "Los ríos de tu sangre" *("... un solo beso de tus labios ya idos…"*) y "El regreso", con tanta sensibilidad y tanta pena ("*La casa sola, el campo, el rastrillo en la era, abandonado..."*).

Por último, la cuarta parte del libro, "Poema final", comprende un único poema, "Paisaje interior", que me parece la culminación de este volumen. Nombra a quienes debieron de ser sus mejores amigos, Manolo y Ernesto, y a sus propios hijos. También nos habla de su pena interior, que quiere olvidar: *"... se me desborda por la piel y los ojos y las manos..."*. ¡Qué dramático y qué bello!

Leeré las poesías de Vicente de cuando en cuando para sentirme más humana.

Fina Pastor

EL BARRIO DE LOS POETAS

Ponedme montes de silencio encima,
cordilleras de olvido, nieblas,
¡nada reducirá mi voz a sepultura!
Vicente Mojica

Placa conmemorativa en la casa natal del poeta, en la calle San Juan Bautista, en el barrio de San Blas

En un artículo publicado en el periódico Información, domingo 20 de febrero, del 2000, escribía Rafael Azuar, ya fallecido, que el barrio de San Blas podía haberse llamado el barrio de los poetas. Hubo una época en la que este barrio estaba presidido por la serenidad y el prestigio romántico del antiguo cementerio, entre cuyos mausoleos y olvidados bustos, el Padre Belda se detenía a leer antiguas inscripciones y a componer los versos de sus “Loores a la Virgen”. Vicente Mojica vivía en San Blas, barrio de ilustres ciudadanos. Decía Azuar que Vicente estaba habituado al sacrificio y a la lucha y que desde pequeño no hizo más que pugnar por un destino alto y difícil.

Hablaba en verso, en la serenidad de las mañanas y en el profundo silencio de la noche, con Dios. Su naturaleza religiosa, sigue diciéndonos Rafael Azuar, no sólo se mostraba en sus versos, sino en la tremenda humanidad y amor que sentía por todos los seres de este mundo. Aun padeciendo una grave dolencia, solía visitar a los enfermos para transmitirles ánimo y tranquilidad.

Tuve la suerte de conocer a Vicente Mojica, por ser amigo de mi padre y por alguna que otra tertulia a las que también asistía Vicente Ramos, gran amigo suyo.

En el año 84, yo pertenecía a la Asociación de Padres de Alumnos del colegio San Fernando, y con motivo de la Semana Cultural del centro invitamos, junto con mi padre, a Vicente Mojica para dar una conferencia sobre la poesía mística a los alumnos. Creo que fue la primera y última vez que los estudiantes de un colegio público tuvieron la oportunidad de escuchar a un poeta de esta envergadura.

Recuerdo aquel día como algo muy gratificante. Vicente Mojica supo ganarse a todos los alumnos, un público preadolescente bastante difícil de mantener atento y en silencio; pero él lo consiguió. Cuando terminó la charla, los escolares salieron del salón de actos, sin alboroto alguno, más sosegados y en calma.

Mati Bautista

El alma del poeta

A Josefina Marhuenda

El alma del poeta, siempre amada,
tiene nombre, se llama Josefina.
Mujer amable, luz alicantina,
fue musa inspiradora, ninfa y hada.

En pos de su presencia idolatrada
halló Vicente la verdad divina
que le ofreció su palpitante ondina,
en todos sus poemas recitada.

Una querencia para siempre escrita
luce plasmada en versos de ternura
donde la rima el corazón desata.

Una armoniosa vibración palpita
en la palabra presa de hermosura
que al encumbrado trovador delata.

María José Arques Cano

Acróstico

Viajando por mi mente hoy te llevo,
Inmenso tú, caudal de inspiración.
Creaste siempre versos luminosos
Entre penas, y amores, y con Dios.
Naciste para amar y ser amado,
Teoría, que al saber de ti, me forjo
En este cerebelo que sostengo.

Mañana, volverás a mi recuerdo
Otra vez, como centro de atención.
Jesucristo es tu guía sempiterno
Infinita la gracia que te dio.
Con tu nombre este acróstico termino
Admirado poeta, Don Vicente.

Lucía Espín

UNA CARTA PARA TI, VICENTE MOJICA

Escribir una carta para ti, excelente amigo y querido compañero, es para mí algo en sí, duro y complicado. ¡Qué más quisiera, saber lo que tú, para ofrecerte lo que bien mereces y no sé darte con mayor soltura, como haría si supiera!

La fórmula es bien sencilla si de encontrar palabras, profundos pensamientos, verbos, afectos y virtudes se tratara, y aun así, busco y no encuentro el modo de corresponder a la atención que tantas veces, consejos y enseñanzas en la vida me ofreciste, y en agradables tertulias compartimos.

Sé que te fuiste pronto, (te llamaron) para ocupar el puesto que tenías merecido, adjudicado no sin antes superar la dura prueba a la que fuiste sometido. Y a la derecha sé que estás y así me consta por superar la prueba, habiendo dejado aquí puesta en sazón la tierra, el campo arado y lista la sementera.

Abono no faltará para conseguir buena cosecha. ¡Si la humildad brota a raudales de tu pecho, la sencillez desborda tu persona! El amor nace y renace en ti y lo esparces por doquier. ¿Qué más se puede pedir, Señor, si además ese amor concedido a ti para transmitir el candor de tu obra en la palabra, con lenguaje limpio, depurado que tu frente mana, se encuentra difundido en tu obra impresa, por tu Don de Sabiduría entre prosa, poesía, música y profunda Fe cristiana?

En alguna ocasión, Vicente, te confieso que emularte quise y avergonzado por el efecto conseguido, me fui llorando, arrepentido y nada dije. Pero tanto y tan profundo caló aquel hecho que ahora, en mi pecho, llevo escrito de verdad este soneto:

Gracias, Señor, por este sufrimiento
que me aproxima a Ti, pone a tu lado;
sabiendo como estás a mi cuidado.
Ya no podrá vencerme el desaliento.

¡Y me quejaba yo...! ¡Fue en un momento!
Llegabas con tu cruz, ibas callado.
Divino Hijo de Dios transfigurado
de sufrir y sufrir sin un lamento.

Ascua de luz y amor, entre el gentío,
cayendo y levantándote, encendías
fuegos de eternidad con tu mirada.

Yo iba a rogarte allí por algo mío
y al ver como callabas y sufrías,
me fui llorando sin pedirte nada.

Vicente Mojica

Francisco Coloma Carbonell

BIBLIOGRAFÍA DE VICENTE MOJICA

Poemarios:
Llamada al corazón, Alicante, Editorial Silbo, 1958.
Geografía del llanto, Alicante, Editorial Silbo, 1963.
La paz nos esperaba, Alicante, Caja de Ahorros del Sureste de España, 1966.
Cancionero desde la tierra a Dios, Palencia, Rocamador, 1969.
Palabras de mi amor y mi destino, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1971.
Detrás de las palabras, Málaga, Guadalorce, 1973.
Árbol de mi sombra, Málaga, Guadalorce, 1976.
Al pie de la esperanza, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1979.
Libro de las tribulaciones, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1981.
La paz nos esperaba, Segunda edición con adición de nuevos poemas, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, 1982.
Espejo de la consumación, Valencia, Ateneo, 1987.

Antología:
Vicente Mojica, Obra poética, 1958-1988, con prólogo de Vicente Ramos, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo. 1990.

Poemarios infantiles:
Cancionero Infantil, Alicante, Gráficas Díaz, 1983.
En tu voz de agua clara, Alicante, Sinhaya, 1986.

Narraciones:
Las goteras, Alicante, Caja de Ahorros del Sureste de España, 1974.
El hombrecillo del volante mil uno seis, Orihuela, Caja de Ahorros de Nuestra Señora de Monserrate, 1974.
Una armónica para Manuel, Alicante, Separata de la Revista I.E.A, 1979.

Ensayos y biografías:
Homenaje a Francisco Pérez Pizarro, Alicante, 1967.
La poesía y los niños en Gabriel Miró, Alicante, separata de la Revista I.E.A, 1978.
La religiosidad de Miguel Hernández y su poesía, Málaga, Litoral, 1978.
Julio Bernacer. Ensayo biográfico-crítico, Alicante, I.E.A, 1981.
El libro de los 100 libros, Alicante, Caja de Ahorros Provincial. 1984.

Sobre fiestas de moros y cristianos:
Embajadas y Capitulaciones de Moros y Cristianos de Alicante, Alicante, Gráficas Díaz, 1982.
Pregón de la Fiesta de Moros y Cristianos de Alicante, Alicante, Gráficas Díaz, 1983.

Obras teatrales:
El sembrador de vientos, auto sacramental en verso, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1985.

Otras obras:
Retablo poético de la Santa Faz, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1989.

CAM
Caja Mediterráneo
OBRAS SOCIALES